

# Historias flotantes

Elí Manuel Austria Hernández • Liliana Chuzeville Córdoba  
Rebeca Díaz Suárez • Heberto de Jesús Ramírez León  
Guadalupe Hernández Benavides • Carolina M. Toro Castillo



# Historias flotantes

C O L E C C I Ó N

JOSÉ MARÍA BASTAR SASSO

*Poesía, Prosa y Textos Literarios*



**Guillermo Narváez Osorio**  
*Rector*

# Historias flotantes

Eli Manuel Austria Hernández • Liliana Chuzeville Córdoba  
Rebeca Díaz Suárez • Heberto de Jesús Ramírez León  
Guadalupe Hernández Benavides • Carolina M. Toro Castillo



UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO



Primera edición, 2021

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura  
Colonia Magisterial, C.P. 86040  
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

ISBN: 978-607-606-579-2

Diseño de portada: Fredys Pérez Ruiz

Imagen de portada: Dantegráfico - Mujer flotando  
<https://pixabay.com/es/photos/mujer-flotando-paisaje-luna-5048666/>

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Estec cuaderno es producto del trabajo realizado en el Curso-Taller de Cuento de la Escuela de Escritores “José Gorostiza”, impartido por Carolina Toro de mayo a septiembre de 2020.

Primera edición, 2021.





# Índice

<b>Villahermosa: Los comienzos memorables</b>	9
<b>Presentación</b>	13
<b>HISTORIAS FLOTANTES (Cuaderno de cuentos)</b>	
<b>Dalia.</b> <i>Elí Manuel Austria Hernández</i>	19
<b>Historia de un sueño.</b> <i>Elí Manuel Austria Hernández</i>	25
<b>Miedos.</b> <i>Liliana Chuzeville Córdoba</i>	33
<b>El castillo.</b> <i>Liliana Chuzeville Córdoba</i>	35
<b>Las ventas.</b> <i>Rebeca Díaz Suárez</i>	43
<b>El flautista de mi sueño.</b> <i>Rebeca Díaz Suárez</i>	49
<b>Yo, Dexter el Rojo.</b> <i>Heberto de Jesús Ramírez León</i>	57
<b>Harry y su armadura.</b> <i>Heberto de Jesús Ramírez León</i>	63
<b>Ángela.</b> <i>Guadalupe Hernández Benavides</i>	69
<b>El sueño de Natalia.</b> <i>Guadalupe Hernández Benavides</i>	73
<b>Todo lo que necesito.</b> <i>Carolina Toro Castillo</i>	81
<b>Uruapan-SanLuis-Uruapan.</b> <i>Carolina Toro Castillo</i>	85





## **Villahermosa: los comienzos memorables**

La vida sucede y todo cambia; la magia de la mente humana es encadenar eso que pasa y convertirlo en casualidades, en convertir esas coincidencias en historias mediante entramados de palabras.

Desde principios de 2020 estaba entre mis planes cruzar el país para estar en noviembre en la Feria del Libro Villahermosa. Por razones de todos conocidas no se pudo. A finales de año mi querida colega Carolina Toro me pidió leer y presentar los productos del Taller de Cuento en su edición 2021. Así que terminé el año viajando por Tabasco y por muchos otros lares, gracias a sus letras.

Como entusiasta del cuento, vamos, de las historias cortas, celebro cada que llega a mis manos una nueva publicación. En este caso son seis escribientes, cuatro mujeres y dos hombres, de muy distinta formación: Eli Manuel Austria Hernández (ingeniero químico), Liliana Chuzeville Córdoba (profesora), Rebeca Díaz Suárez (literata), Heberto de Jesús Ramírez León (abogado), Guadalupe Hernández Benavides (maestra de idiomas) y Carolina Toro Castillo (licenciada en administración) unen voces a partir de un taller.

Hay muchas formas de lectura, y cada una tiene sus goces y dificultades: como lector ingenuo y sentimental, como escritor y coordinador de taller, como parásito y crítico. Por algo Umberto Eco hablaba del «lector modelo». Pero en primera instancia de lo que se trata es de dejarse llevar por esos mundos que alguien nos plantea y eso hice.

Una definición simple de cuento como género literario es que son historias que se leen de una sentada. Los hay muy breves, de



unos cuantos renglones, otros un tanto más largos, de varias páginas (de hasta 25, según Edmundo Valadez, que mucho sabía del tema); pero si están bien escritos nos atrapan y no paramos hasta llegar al final, donde podemos encontrar alguna sorpresa.

«Un buen cuento debe tener un buen principio, un buen diálogo, una buena estructura y un mejor final», dijo don Edmundo. Como productos del Taller de Cuento en la Escuela de Escritores «José Gorostiza» estos cuentos se dejan leer, fluyen. De lo cotidiano a lo pesadillesco, como en todo cónclave de historias hay variaciones personales, ritmos varios, intimidades e imaginación.

Aquí viene a cuento la necesidad de tallerear. Tallerear en todo el sentido de la palabra: todo texto es perfectible y quienes se dediquen o quieran dedicarse de lleno a escribir necesitan pulir las historias, no necesariamente en un aula sino ponerse al alcance de la crítica y ver si hay fallas en el motor o en los neumáticos antes de emprender un viaje más largo. Con una o con varias personas, lo importante es el trabajo colectivo, que el texto mejore en lo posible en todo su tejido.

Escribió Gabriel García Márquez a propósito de la nueva edición corregida de sus *Doce Cuentos Peregrinos*: «toda versión de un cuento es mejor que la anterior. ¿Cómo saber entonces cuál debe ser la última? Es un secreto del oficio que no obedece a las leyes de la inteligencia sino a la magia de los instintos, como sabe la cocinera cuando está la sopa».

Según Horacio Quiroga «en un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas». Según Raúl Renán, «todo es incipit». Todo es comienzo y esa es la posibilidad inmensa de buscar coincidencias al escribir: la magia de regresar al pasado a partir de un inicio decidido de forma arbitraria por quien escribe, la posibilidad de plasmar varias etapas de la vida de alguien a quien llamamos protagonista, que somos y no somos nosotros.

Varias de las historias que aquí llegan flotando hablan de viajes, con sus consecuentes despedidas y retornos. En todos, según las reglas, hay un conflicto. «Mi madre, Silvia, llegó a mi recámara aquel 22 de diciembre de 1984, tomó el librito entre sus manos y empezó a relatar: “Érase una vez...”». Así empieza uno de los relatos.

Otro: «Hay cartas con las que puedes ganar, pero es mejor no enseñarlas...»

O este: «Te vi cruzar la puerta de vidrio que separa los andenes de la sala de espera, con el andar precario, muchas horas de camino reflejadas en tu cara y la niña apretando tu mano».

«Historia de un sueño» y «Dalia» de Elí; «Miedo» y «El castillo» de Liliana; «Las ventas» y «El flautista de mi sueño» de Rebeca; «Yo, Dexter el Rojo» y «Harry y su armadura» de Heberto; «Ángela» y «El sueño de Natalia» de Guadalupe, y «Todo lo que necesito» y «Uruapan-San Luis-Uruapan» de Carolina, fueron mi viaje de fin de año a tierras que no conozco o que hace tiempo no he visitado, como en aquel viaje que hice, hace 12 años ya, a la tierra de José Gorostiza, Carlos Pellicer y José Carlos Becerra.

Qué mejor manera de comenzar el año que con las historias que nos llegan desde Villahermosa. Historias para acompañar una historia que comienza por el calendario. Que Gorostiza nos guíe por el río Grijalva y disfrutemos el inicio del viaje. Al inicio de este año, a diferencia de lo que leyó Dante, no se ha perdido la esperanza y es cosa de izar las velas y seguir a flote.

Alexandro Roque  
San Luis Potosí, enero de 2021.



## Presentación

En algún momento del ya legendario marzo de 2020, recibí la invitación para impartir un taller de cuento en la Escuela de Escritores “José Gorostiza”, y por primera vez me embarqué en la odisea de impartir un taller completamente en línea, con las dudas propias de quien es novata en algo. A partir de mayo y hasta septiembre, nos reunimos virtualmente cada dos semanas, intercambiamos lecturas, aprendizajes y puntos de vista; como ya lo habrán deducido, ese taller tuvo un final muy feliz, dando como resultado la presente compilación de textos.

Es justo decir que los que aquí se incluyen no fueron los únicos trabajos que cosechó este taller: en promedio, cada participante escribió cuatro cuentos de extensiones variadas. Algunos de ellos tienen elementos comunes, cuya mención me reservo para no frenar el descubrimiento personal a través de la lectura; pero vale la pena explicar a qué obedecen estas coincidencias y por qué son una muestra de diversidad de pensamiento.

Al terminar la clase, lanzábamos al ruedo un pretexto para escribir, un detonante de ideas; pero aun teniendo la misma sugerencia temática, la escritura individual era como un petardo hecho de pólvora mezclada con recuerdos e imaginación. Cada cuento explotó con fuerza y se modeló en el aire, como si flotara.

Estos cuentos están llenos de significado, porque hablan de nosotros, no desde un sentido literal, sino como el reflejo de un descubrimiento interior. Cada historia que consideramos digna de ser narrada (autobiográfica o no) susurró algo importante a nuestros afectos, a nuestros miedos o valores y quiso ver la luz, escapar de la intimidad de la computadora o las hojas garabateadas,

para ser leída por alguien más. Este libro fue tejido con ideas que nos habitaron un tiempo y ahora esperan desfilan en la cabeza de nuestros lectores.

Con ustedes: Historias Flotantes.

Carolina M. Toro Castillo  
Morelia, Michoacán de Ocampo, enero de 2021



# **Cuaderno de cuentos**





## **Elí Manuel Austria Hernández**

Estudió Ingeniería Química en el Instituto Tecnológico de Villahermosa (ITVH). Estudió la especialidad en Industria Petrolera en la UVM (2015-2016). Se graduó del Diplomado de Creación Literaria en la Escuela de Escritores “José Gorostiza” en 2018, así como del Diplomado en Literatura Mexicana del Siglo XX, impartido por el INBAL. Ha publicado obras en Diario Presente, Novedades de Tabasco y en la revista literaria Pluma. Labora como profesor de matemáticas en el nivel secundaria, así como en el área de Ingeniería Petrolera del ITVH.



## **Dalia**

### **Elí Manuel Austria Hernández**

#### **I**

¿En dónde se habrá metido? He caminado por casi dos horas sin obtener respuesta. Algunos días pueden sorprenderte con la dureza de su golpe, otros, como este, se dan el lujo de no mostrarte piedad, de patearte hasta que seas tú quien la pida.

La Villahermosa de mis recuerdos no ha cambiado mucho. Tras diez años, la casa de mi padre sigue invadida por esas hormigas que no lo dejan a uno en paz en la cocina, el día sigue ardiendo en la piel y la mirada de la gente te engulle de un bocado, te sigue hasta que doblas la esquina. Vine porque mi madre dejó este mundo, porque no hubo oportunidad de despedirnos. Me duele el pecho al aceptar que, de no ser por su sepelio, no me habría decidido a volver. ¿Qué tipo de hija fui? Alguien que apenas se acordaba de ella, que apenas le marcaba cada que se acordaba, para conversar. Al contrario, dejé tantas llamadas perdidas sin devolver. ¿Qué tipo de hija soy? Escaparme del velorio sin avisar... ¿Y así me llamo a mí misma “madre”? No tengo nada que exigirle a Claudia, si decidiera abandonarme en mis últimos días, quizá lo tendría merecido. Ella nació hace cinco años en Guadalajara, donde vivo y trabajo.

Humberto no pudo evitar que trajera conmigo a la Duquesa, la cereza sobre este pastel amargo. ¡Debí escucharlo!, de haberlo hecho, no estaría gritando por todas partes, buscando sin cesar el paradero de la perrita, lamentando una pérdida doble.

De repente, al mirar una casa a lo lejos, un recuerdo me reconforta. Despierta de su sueño profundo y me saluda. Tiene olor a

pasto, es del color de los rayos del sol y su voz me remonta a mi infancia. Quizá deba tomarme un respiro, quizá deba desviar mi camino diez minutos.

—¡Buenos días! —exclamo con esperanza.

Tras repetir dos veces más, mi corazón dio un brinco, pues es doña Martha quien abre la puerta.

—¿Quién eres? —dudó la señora—. Oh, ¿acaso eres Carmen? —Sonreí a modo de respuesta.

Me invitó a pasar. En medio de un café actualizamos los hechos de nuestras vidas y relaté mis pesares. Por su parte, ella enviudó y sus hijos emprendieron el vuelo; el nido se siente tan vacío. Cuando pregunté por Dalia, suspiró muy profundo.

—Es ella por quien vienes, ¿verdad?

—Es la segunda razón de mi visita —mentí—. La primera, platicar con usted.

Sé que no me creyó. En silencio, se levantó de su mecedora y moviendo su cabeza, me invitó a seguirla.

Fuimos al patio. El macuilí seguía allí, vestido de amarillo como la última vez que le vi. A sus pies, Dalia, mi dulce y fiel Dalia. Una roca mostraba el sitio donde la enterré hace veinte años. Qué curioso, no necesité llevarle flores; su tumba está cubierta de ellas. Me acerqué y me puse de rodillas. Coloqué una mano sobre la tierra y recordé los días en que corrimos juntas. Después de todo, fue mi mejor amiga. Me escuchaba a pesar de no tener voz, en medio de la tristeza me daba los mejores consejos sólo con ladrar; entonces rodeaba su cuello peludo con mis brazos. Reímos tanto, me regaló los mejores años de mi infancia. Cuando peleaba con los chicos del colegio, reposaba su cabeza sobre mi regazo para reconfortarme y sus ojitos negros me llenaban de paz.

Pero se tuvo que morir, me abandonó cuando más la necesitaba. Siempre terminaba llorando sobre este lugar. Me sentí tan sola, la comida ya no me sabía igual, las horas pasaban en silencio. Buscaba sin encontrarla, como ahora, que la Duquesa se escapó de mí.

Ningún juguete fue capaz de cerrar mi herida, ningún viaje, ningún pastel ni bocadillo sorpresa. Les pedí con fervor a mis padres

que no me consiguieran otro perro, sólo quería desahogar mi dolor. Tres meses después, al ver que mi situación no cambiaba, decidieron vender la casa. Como hija única lo tenía todo, pero sin Dalia me quedé sin nada.

Yo no me negué a partir, una parte de mí quería salir de ese laberinto interminable, volver a sonreír. Doña Martha es una conocida de mis padres, ella y su marido compraron la casa. Al saber la razón de nuestra mudanza, prometió no tocar ese pedazo de tierra. Así, terminó mi vida para dar inicio a una nueva. Sin embargo, una parte de mí se quedó vagando entre estas paredes, entre las ramas de ese macuili que soportó tantas travesuras. Con el paso del tiempo y mi partida a la universidad, el recuerdo de Dalia se acomodó en un rincón y se desdibujó; Guadalajara fue mi segundo nacimiento.

No hallé a la Duquesa. Caminé hasta cansarme, mis piernas dolían. Al llegar de vuelta, mi familia, pero sobre todo Claudia, estaban alarmados. ¿Dónde estaban su madre y su mascota? La calmé, le expliqué que después imprimiríamos volantes y los repartiríamos por el vecindario. Me disculpé con todos y continué con las labores. Sepultamos a mi madre antes de caer la noche.

## II

La puerta suena con furia. Al no haber respuesta, la pateo más veces. Una luz se enciende en la casa de al lado y alguien se asoma por la ventana, no me inmuta. Debo hablar con doña Martha, lo que hizo no puede perdonarse.

—¡Atienda, maldita sea! —grito con todas mis fuerzas.

Cuando por fin sale, la noto pálida. De inmediato me cuestiona, alterada, el motivo de mi irrupción. Abro la caja que llevo conmigo y le muestro su interior: los huesos sucios de un animal, frágiles y rotos. Sus colmillos amarillos dan un mordisco al aire, su mandíbula inferior está partida en dos mitades. Supe a quién pertenecían.

—¿YA ESTÁ CONTENTA? Se atrevió a entrar a mi casa en medio de nuestro duelo y dejó esto en el pasillo. Si quería vengarse

por no venir a verla a usted, ¿esto es demasiado! ¿Qué tipo de mujer enferma es?

—¡Cierra la boca, chamaca estúpida! Yo no sé de qué me hablas, ¡lárgate o llamaré a la policía!

Hace una hora bajé de mi cama para ir a la sala, necesitaba despejar mi mente. No podía conciliar el sueño de ninguna forma, ninguna posición me satisfacía. En cambio, Claudia roncaba como una tetera, qué poco le importó la Duquesa. Salí de mi habitación. En medio de la caminata, mi pie izquierdo se posó sobre unas protuberancias puntiagudas; mordí mis labios para no gritar. Cuando encendí la luz, vi la sangre brotar desde mi planta, trastabillé con mi pantorrilla y caí sentada, impresionada; no por la herida, sino por lo que yacía regado por el piso. Un par de cuencas vacías me observaban fijas, una sonrisa incompleta más allá del sepulcro. Los huesos de una pata estaban extendidos como buscando mi mano. Una ola caliente subió por mi cuerpo hasta la cabeza, cuando reconocí una medalla entre el desastre; el nombre “Dalia” estaba grabado, era la misma que dejé con ella antes de echarle tierra encima hacía tantos años.

La ira rebasó mi aflicción, las lágrimas recorrieron mi rostro como un torrente. Así, caminé hasta ahí arrastrando la pierna, no podía quedarme tranquila, sin hacer nada al respecto.

Cuando narro lo sucedido, por alguna razón, la señora se muestra entre confusa y comprensiva. Con un gesto de su brazo, me invita a pasar. Las personas comienzan a acercarse, me increpan, me juzgan. Me dirijo al patio en medio del bullicio, aprieto la caja. Al llegar, entre la oscuridad, logro distinguir la roca y las flores amarillas; siguen en su sitio, como si nadie las hubiese movido. Paro mis pasos en seco, suelto mis brazos. Los huesos caen con un ruido sordo y se riegan de nuevo en el pasto. Mi boca tiembla, mi corazón acelera sus latidos dentro de mí. Me abalanzo contra la tumba y jalo las hojas con mis dedos, sólo para encontrarme con el pasto verde, con la tierra ilesa. ¿Qué significa esto? Detrás de mí, doña Martha habla con más calma, pero esta vez, aferra un martillo con su mano.

—Como puedes ver, no he sido yo. Ahora, quiero que te vayas. No puedo...



Con un movimiento rápido, tomo una pala y la clavo en la tierra. La señora casi me estrella el martillo en la cabeza. Tras unos cuantos golpes, el siguiente se topa con algo blando. Siento con claridad cuando el metal lo atraviesa y emite un sonido similar al de un globo cuando revienta. Me quedo inmóvil por unos segundos, doña Martha enciende la luz del patio. Al bajar mi vista, noto cómo un líquido espeso brota hacia el exterior y se propaga hasta mis botas. Dejo caer la pala, está manchada de rojo. Me arrodillo y acaricio, incrédula, las orejas de la Duquesa. Su estómago está abierto por mi causa, pero al indagar el resto de su cuerpo, me encuentro con heridas largas y profundas, agujeros en sus piernas y su cuello, como si hubiera sido apuñalada con un picahielos. Alguien la desgració antes de meterla en este agujero... los cortes vienen en cuatro filas, los agujeros se produjeron en pares. Un relámpago cruza mi cabeza, busco el cráneo de Dalia entre sus huesos y lo tomo con mis dedos. Lo acerco al cadáver y ubico los colmillos entre las heridas de la perra. Encajan.

Entonces, un recuerdo se levanta de entre los rincones de mi pasado. Me miro a mí misma de niña, durante un día soleado y recargo mi espalda al tronco del árbol. Miro a Dalia, cansada al igual que yo por tanto correr, juega con una rama entre su hocico. La felicidad es absoluta. Acaricio sus orejas y le digo lo siguiente: “Te prometo mi amor incondicional, no amaré a ninguna mascota más que a ti. Compartiré contigo mis risas, te entrego mi amistad completa y mis pies para caminar a tu lado. Esta lealtad nos unirá más allá de cualquier muro que se cruce en nuestro camino”. Para sellar el pacto, levanto su pata y uno sus almohadillas con la palma de mi mano.

De vuelta a mi presente, me pregunto: ¿cómo saber que yo misma lo quebranté? Durante años se mantuvo intacto, pero lo olvidé al igual que el viento se lleva las hojas a la nada. Conocí a Duquesa, le entregué mi cariño y también mi aprecio. Entonces, pido perdón a mi primera amiga. Entiendo que esté molesta, pues al final, no supe ser fiel a mi palabra. Esperé en la oscuridad tanto tiempo por mi regreso, sólo para encontrarse con alguien suplantando el sitio que le pertenecía a perpetuidad. La venganza

fue suya, pero fue más un recordatorio para mí. Tormento con tormento se paga, ¿no?, porque Duquesa ya tampoco existe. Dalia la llevó al sitio donde pensaba debía estar, mientras ella emergió para encontrarme, para extender su pata hacia mí. Abrazo el cadáver frío y acaricio al mismo tiempo los restos de Dalia; mancho mis ropas con sangre y tierra. Cierro mis ojos y me dejo llevar por la fragancia de las flores.

Las sirenas de las patrullas se oyen cada vez más cerca. Este es el verdadero adiós.

## **Historia de un sueño**

### **Elí Manuel Austria Hernández**

Siempre me ha gustado dejar huella de los eventos importantes o raros de mi vida en alguna servilleta o libreta. Es por eso que, hasta en los sitios más insospechados, encuentro notas de fechas perdidas y al leerlas, recuerdo cosas que murieron en mi mente. Esos encuentros fortuitos son como exhumar horas interesantes de mi pasado. Y si son tan importantes, ¿por qué olvidarlas? Resulta que ese es precisamente mi problema: tengo cabeza de teflón. Sin embargo, con o sin teflón, todos olvidamos nuestros sueños al despertar.

La frontera del mundo onírico es una línea muy delgada. No hay muros, ni altas montañas, ni un mar profundo que lo delimite con la realidad de todos los días; un solo paso y ya estás ahí. Reconoces tu estancia hasta el momento en que te ves sumergida. Mejor explico esta afirmación, con lo acontecido hace unos minutos.

Me vi a mí misma de adulta. Mis caderas ensancharon, mi busto estiraba la tela de mi blusa, mi cintura era algo más ancha. No me sorprendí, pues en ese mundo siempre había sido mayor, siempre había vivido en ese departamento en el cuarto piso de un edificio, con mi sala desordenada, mis libros encima de la televisión y alguno que otro plato en la cocina.

Era de noche, la luz parpadeaba a causa del eterno problema con el transformador del poste, el casero había prometido arreglarlo a la brevedad. En esta situación, era imposible recuperar mis lecturas o mirar algún programa sin marearme. De modo que me dirigí a la ventana para admirar la lluvia que pegaba contra el vidrio. Afuera,

todo lucía tranquilo, los autos pasaban a lo lejos, el cielo se estaba cayendo; un fondo digno para escuchar mis vinilos de jazz.

Todo era paz hasta que mi vista se dirigió a un rincón escondido entre los árboles. Cuatro hombres excavaban en la tierra con picos. Se cubrían con impermeables negros, para confundirse en la oscuridad. El fuerte sonido de la lluvia los ocultaría aún más. Ellos no sabían que yo los miraba. Mis alarmas internas se activaron cuando noté que debajo de esos impermeables, no había más ropas, nada de nada.

Me callé a mí misma, tapé mi boca con mi mano, mis ojos estaban como platos, mientras esos sujetos continuaban su faena. Descendían sus picos sin parar y la tierra mojada cedía contra los golpes penetrantes. Un hueco de tamaño considerable estaba abierto y se llenaba con agua, cosa que no les molestaba en absoluto. Sus rostros no se distinguían por la distancia, debía desempeñar mi ventana de forma constante. El juego de sombras y luces me brindaba el contexto de los hechos.

Debí retirarme de mi sitio y hacer como que no sabía nada, continuar con mi noche, tirarme a la cama, aunque no lograra conciliar el sueño. Pero mi curiosidad fue mayor que cualquier otro sentimiento o resquicio de lógica, de modo que me quedé, pues, más allá de la desnudez, quería saber la razón por la cual trabajaban. Pronto, tiraron los picos al suelo. Deduje que el agujero quedó listo. Se sentaron para tomar un descanso, tampoco les importó que sus traseros se mancharan de lodo. Tras un minuto, se pusieron de pie y dos de ellos se internaron entre los árboles.

Salieron de la espesura, jalando una gran bolsa de basura, al parecer, muy pesada. Un nuevo temor se anidó en mi corazón, cuando rodaron el bulto y lo dejaron caer hasta el fondo del hoyo. El agua en el interior se desbordó al instante. No podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo, ahora sí quería huir de esa visión tan degenerada. Sabía a la perfección cuál era el contenido de la bolsa; no necesitaba ser un genio para intuirlo. Uno de ellos introdujo las manos al agua, como buscando algo y extrajo una masa del tamaño de un balón. Después desapareció del sitio, se perdió de mi vista.

Los tres restantes, tomaron unas palas y comenzaron a devolver la tierra a su sitio original, cubrían su acto. De repente, uno de ellos abandonó su actividad e irguió su espalda, miró hacia mi dirección y levantó su brazo, señalando hacia el interior del departamento. Los otros dos hicieron lo mismo, sabían que estaba allí, que desde el principio estuve espiando, que conocía su secreto.

Respiré agitada, esta vez, mi fuerza de voluntad fue mayor que mi miedo y me aparté. Con mis manos sobre el marco de la ventana, me empujé hacia atrás, tan fuerte que caí de espaldas al suelo. Por suerte, había alfombra. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Tres golpes en la puerta me obligaron a ponerme de pie en un instante. Ellos seguían apuntando hacia donde estaba. Los golpes se repitieron, esta vez, un par de jarrones cerca de la entrada se tambalearon. La tercera vez, golpearon tan fuerte que tapé mis oídos; los mismos jarrones se desplomaron y se rompieron en pedazos. Ante esto, me dirigí de inmediato a la cocina y tomé un cuchillo largo para picar carne. Lo había afilado unos días antes, así que serviría como defensa ante cualquier inconveniente. El desconocido era un hombre desnudo, descalzo y sucio. A todas luces estaba en desventaja, ¿qué es lo peor que podría ocurrirme? Me quedé escondida en un rincón de la cocina, agachada. Sostenía mi arma con las dos manos, con la punta hacia el frente.

Los golpes no cesaban. Retumbaban cada vez con más fuerza en las paredes. Al final, la puerta cedió y la escuché caer. Las luces continuaban su parpadeo, los periodos de claridad y sombras eran irregulares, por tanto, si me buscaba me encontraría más rápido de lo imaginado. La misma posibilidad la tenía yo; si el asunto se descontrolaba, me escudaría en la auténtica defensa y el allanamiento de morada. No sería una presa, no sería una víctima más de aquel enfermo. Pero no debía olvidar que él no estaba solo.

Abandoné mi sitio. La entrada estaba abierta, el viento se colaba al interior y volaba mi cabello. El hombre no estaba a la vista. Me acerqué despacio a la ventana, los tres seguían allí, inmóviles como estatuas, apuntaban directo al centro de mi cordura. Esta visión me hizo aspirar aire para gritar, pero de nuevo, eliminé cualquier intención de hacer ruido. Sólo se inflaron mis mejillas.

Para este punto es obvio que los vecinos no existían, o decidieron ignorarme. Estaba en un juego del gato y el ratón en medio de mi propio hogar, él podía estar en cualquier sitio. Nunca bajé la guardia ni mi arma, en los periodos de oscuridad me ocultaba en alguna esquina. Jamás un departamento tan básico me pareció tan grande. Tampoco podía salir, porque los otros podían romper su quietud y se iniciaría una persecución de la cual no saldría con vida. Ya no importaba quiénes eran, sino conservarme en una pieza. No debía sucumbir al terror, no debía desplomarme, cualquier signo de debilidad sería pagado muy caro. Al cruzar el pasillo, lo vi.

Las luces se encendieron. Su cuerpo era delgado, había rastros de lodo por toda su piel, su rostro continuaba oculto bajo la capucha del impermeable. En su mano izquierda sostenía por los cabellos una cabeza humana. La levantó hacia mí, para que la viera cara a cara. Los ojos del cadáver estaban entrecerrados, su nariz era pequeña y sus labios gruesos estaban abiertos, su lengua estaba apretada con los dientes. De los bordes del cuello colgaban retazos de piel.

Alcancé a notar cómo el maniático sonrió, satisfecho por verme paralizada. Era el ratón asustado, dispuesto a morder para salvarse, pero sin esperanzas de ver un nuevo día. Levantó su brazo derecho, sostenía un espejo. En mi reflejo, mis manos temblaban tanto que dejé caer el cuchillo, por mis mejillas bajaban lágrimas similares a esa lluvia torrencial. Mi cara de adulta estaba asustada, llena de pesar y confusión. Sin embargo, mi colapso no se debió a verme acorralada, sino porque el rostro marchito era idéntico al mío. ¡Era yo misma! Entonces, el asesino rio. Se burló tan fuerte, que me despertó.

Lo primero que vi al abrir mis ojos, fue el techo de mi habitación. Me levanté y me vi en el espejo del tocador, frente a la cama. Era de nuevo una adolescente, una chica de preparatoria. Por varios minutos miré los detalles de mí misma, incluso mordí mi lengua, como en mi sueño. De repente perdí la noción de la realidad, ¿en dónde estaba?, ¿en qué fecha? ¿Acaso, seguiría dormida en algún lado, soñando que era una joven que soñó con ser una adulta cercana a una muerte sin sentido? Me dolió la cabeza. Pasó

alrededor de una hora antes de darme cuenta que estaba en la realidad, que mamá estaba afuera en la sala, mirando las novelas y mi padre estaba en la mesa, tecleando números en la computadora. Miré mis manos y mis pies, me di un par de bofetadas y me pellizqué otro par de ocasiones. Dolió, estaba de vuelta. A pesar de que tengo el defecto de olvidar, sé que esto no se me pasará por un largo tiempo. Ojalá pudiera hacerlo a voluntad, pero el olvido es como la utopía: cuanto más deseas alcanzarla, más te alejas de ella. Al menos, escribir me hizo desahogar mi miedo, relatarle al papel este pedazo de mi tarde. Quizá queme estas hojas, o quizá las guarde. Si hago lo segundo, al encontrarlo en el futuro quizá me ría de mí misma por imaginar cosas fatales, o me estremezca al rememorar ese momento jamás vivido. O, puede que me desahoga de mi escrito y jamás lo olvide.

Después de todo, sólo una cosa es cierta: esta noche no dormiré.









## **Liliana Chuzeville Córdoba**

Nació en Córdoba Veracruz. Profesora de Educación Primaria, técnica en Alimentos, actualmente cursa la Licenciatura en Criminología y Criminalística. Presidente de la Sociedad de Escritores “Letras y Voces de Tabasco” A. C. Miembro del Consejo Consultivo de la Secretaría de Cultura de Tabasco. Pertenece al Cuerpo Directivo Académico de la Escuela de Escritores “José Gorostiza”. Tiene diversos diplomados, entre estos en Literatura Mexicana del Siglo XX y cursos de ensayo, novela, cuento, entre otros.



## Miedos

### Liliana Chuzeville Córdoba

Los latigazos de relámpagos entre la lluvia quizás provocaron que se fuera la luz. “¡Dios mío! ¿Hasta qué hora parará esta lluvia?” Digo al tiempo en que la piel se me ‘enchina’ de repente, siento una presencia extraña. Sé que es difícil predecir algo, pero mi piel y mi sexto sentido me dicen que hay algo ahí.

No sé describir exactamente qué es, si ente del bien, o quizás un ángel del mal; pero no puedo dormir, tengo pánico, hacerlo ahora es imposible, el miedo me tiene paralizada. Me acomodo en posición fetal, pero mantengo los ojos bien abiertos. Como gran arma tengo un lapicero, pienso en cientos de formas para defenderme; pero con un lapicero ¿cómo podría reaccionar ante un ataque? Soy pequeña, menuda, chaparrita “¡Oh Dios! ¿Por qué no aprendí karate, practiqué otra arte marcial, o compré una pistola?” Me digo a mí misma.

Es el miedo, la terrible situación en la que me encuentro, lo que definitivamente me hace desear ser una bruja, pensar en algún hechizo, salvarme al hacerme invisible. Busco recordar las frases de una nota paranormal que apareció en el Facebook, algo así como “Ojos de sapo, patas de rana, que se vaya hoy, y ya no aparezcan mañana”.

Lo digo con tanta fe y desde lo profundo de mi corazón, que de pronto siento que alguien o algo suelta su aliento muy cerca de mi nuca. Giro veloz para clavarle el mortal lapicero y veo esos ojitos reflejando miedo, es mi gran Danés que me mira asustado, como diciéndome que ellos suelen detectar presencias del otro mundo.

Esta sensación que tengo, no puedo decir qué es.



## **El Castillo**

### **Liliana Chuzeville Córdoba**

En Comalcalco, Tabasco, hace mucho tiempo existió un lugar llamado “El Reino del Cacao”, era una hermosa extensión de terreno con un majestuoso castillo de chocolate, ahí vivía el Rey Cacao con sus tres hijas. La hija mayor, la princesa Chocolate Dulce, era una muchacha rubia cuyos rizos hasta la espalda ponían celoso al Sol, tenía los ojos azules y un rostro de una belleza extraordinaria. La segunda hija del Rey era Chocolate Blanco, una princesa pelirroja muy bonita, con ojos color esmeralda, tenía muchas pecas en las mejillas y un carácter bondadoso, ayudaba a cuidar y proteger a todos los animales del reino. La tercera princesa era Chocolate Amargo, era una muchachita morena de carácter duro, y a pesar de tener unos grandes y hermosos ojos cafés y una melena lacia y oscura, se sentía fea, al lado de sus hermanas, acostumbrada a decir que había llegado tarde a la repartición de dones y que las hadas madrinas no le habían dado nada.

El Rey Cacao nunca imaginó tener trillizas ya que eso nunca había sucedido en el reino y no sabía qué hacer. En teoría, en el caso fortuito de su ausencia, debía gobernar Chocolate Dulce, pero era tan dulce la princesa que quizá no podría resolverlo todo. Dividir el reino no era opción ya que eso debilitaría el control y dominio sobre aquel feudo.

Los habitantes pensaban que en el Castillo de Chocolate se almacenaban todas las semillas fértiles del Rey Cacao. No sabían que él construyó debajo del reino una red de túneles y pasadizos secretos y que había hecho cavar muy profundo para almacenar

ahí gran parte del tesoro que era su cacao, sólo tres personas sabían de esto, ya que si la bruja Mazorca y sus tres hijos: Chorote, Pozolito y Pozol Agrio se enteraban, tratarían de apoderarse de sus semillas. Por eso Rey Cacao debía guardar bien sus atesoradas semillas y lograr que sus hijas se llevaran muy bien, para cuando a él le tocara partir al más allá, su reino siguiera siendo el más poderoso y el Castillo de Chocolate siguiera siendo envidiado por todos los reinos del mundo. Todos se preguntaba de dónde provenía la energía de los lugareños, pero nadie conocía el secreto del Rey. Antes de comenzar a trabajar, todos los súbditos recibían una pequeña porción de chocolate y aunque no la comieran, tenían energía para trabajar jornadas muy largas y bajo temperaturas muy altas, ya que en Tabasco las temperaturas son extremadamente cálidas.

Lo que el Rey Cacao no sabía, era que la Bruja Mazorca había hecho un descubrimiento fabuloso: adicta al chocolate, inventó una mezcla de éste con una porción de Pozolito y obtuvo así una bebida muy refrescante, por eso sus hijos eran tan fuertes. Un día los pajecitos reales escucharon decir esto y corrieron a comunicarlo al Rey. El Rey Cacao ordenó de inmediato hicieran esa mezcla y al probarla sintió una energía mucho más grande que la que le daban sus semillas de cacao convertidas en chocolate. Mandó a que les dieran un vaso grande de esta bebida a los agricultores y que los observaran durante sus faenas. De todas las partes del reino llegaron mensajeros reales a informar que los agricultores trabajaban mucho más y que se veían más contentos.

El Rey Cacao estuvo pensando mucho, tenía tres hermosas princesas, si no las casaba pronto con alguien poderoso, la bruja Mazorca les robaría el reino cuando él muriera, pues ella tenía tres hijos fuertes “¿Qué haré? ¿Qué haré?” Se decía el rey.

El Pobre Rey Cacao no dormía, pensando en dejar bien protegido su reino. Se acercaba también la fiesta de 15 años de las princesitas, se enviaron mensajeros reales a todo el mundo, lo que el Rey Cacao nunca les dijo a sus hijas, era que en esa fiesta, él escogería a los maridos de ellas, ya que él tenía el sagrado deber de velar por su reino.

Cuando llegó el gran momento de la fiesta, todo el reino se agrupó para ver llegar a los invitados de todo el mundo, de pronto se hizo un silencio después del anuncio de la llegada de la Bruja Mazorca, acompañada de sus tres hijos, al Rey Cacao no le quedaba de otra más que aceptar que entraran, aunque nunca se hubiese imaginado que esa bruja tan fea llamada Mazorca, hubiese tenido tan apuestos hijos. A la hora del baile, las princesitas no paraban de bailar, todos los jóvenes más galanes del reino y del mundo deseaban bailar una pieza con ellas. Algo mágico pasó cuando les tocó el turno a los hijos de la bruja Mazorca, ¡tilín!!tilín!!tilín!, hicieron los corazoncitos de ellas y de ellos.

El Rey Cacao observó atentamente a todos y meditó: “Si caso a mis hijas con reyes, otro gobernará mis tierras y las dividirán cuando yo ya no esté. Si las caso con príncipes será lo mismo o peor aún; mejor las casaré con los hijos de Mazorca; pero deberán ser trabajadores y estar dispuestos a dar su vida por el reino y mis princesitas”.

Observó durante mucho tiempo el baile de gala y decidió que Chocolate Dulce sería buena pareja para Pozol Agrio, que Chocolate Blanco sería la compañera ideal para Chorote, y la tercera princesa, Chocolate Amargo, haría buena pareja con el joven Pozolito.

Al día siguiente mandó a traer a la bruja Mazorca y le dijo:

—Mazorca, he decidido que tus hijos serán candidatos a ser príncipes consortes para mis princesitas, con la condición de que mejoren una bebida que tengo en mi reino y que es ultrasecreta. Si ellos se casan con mis bellas hijas, tú deberás jurar irte del reino, y no volver hasta que las tres princesas sean madres. Entonces y sólo entonces podrás regresar. ¿Aceptas?

La Bruja Mazorca no habría soñado mejor porvenir para sus hijos, estaba dispuesta a jurarlo ante el mismísimo Consejo de Brujos y Asociados. Lo primero que hizo fue traer a todos los brujos para jurarlo ante el Rey Cacao. Una vez hecho esto, el Rey Cacao mandó traer a los hijos de la bruja Mazorca, y les dijo sobre la bebida que su bruja madre hacía en pequeñas cantidades, pero el Rey quería hacerla en un gran recipiente. La bruja estaba que no podía creer como el Rey Cacao, le había robado maíz, lo habían

pulverizado y luego mezclado con chocolate, casi igual como lo mezclaba ella, cuando le robaba las semillas al Rey.

—¡Mejorad estas bebidas y seréis príncipes!— dijo el Rey.

Le tocó el turno al joven Pozolito, este era muy noble y tranquilo, fue y agregó a la mezcla mucha azúcar, le dio a probar al paje real quien se lo tomó rapidísimo, entonces el Rey le preguntó:

—¡Decidme! ¿Os gusto la bebida?

—Sí mi Rey, es algo exquisito —aseveró el Duque Mono Real.

—¡Ponedme un vaso aquí! —ordenó el Rey y rápido Pozolito llenó un vaso y se lo acercó al Rey.

—¡Hum! ¡Pasad al siguiente! —dijo el rey cuando lo probó.

Chorote era apuesto y muy calmado, su bruja madre decidió enviarlo a la prueba con una pequeña porción de chile “amashitos”. El joven pidió un mortero y un poco de sal, molió los chiles lentamente y se los agregó al maíz blanco pulverizado, agregó agua fresca del río a la mezcla, hasta que la bebida estuvo lista.

La bebida la sirvió en una cascara de coco seco para dársela al otro paje real, el Marqués Conejo Veloz, cuando esté probó la bebida, rápido pidió su zanahoria y quería más y más. Entonces el Rey Cacao le dijo —¡Dadme un poco! —Al pobre Chorote le temblaba la mano al servirle al Rey y cuando le entregó la bebida ya se le había caído casi la mitad, el Rey la probó y dijo —: ¡Rayos! Es un poco picante, pero está sabrosa.

Pozol Agrio fuerte y decidido se plantó ante el Rey diciendo:

—Para hacer una bebida digna de los dioses, debéis darme un poco de chocolate.

—¡Traedlo! —gritó el Rey Cacao.

Corrieron entonces a traer un poco de chocolate, El joven Pozol Agrio había dejado con tiempo una porción redonda de masa de maíz varios días, cuando la mostró y todos vieron que parecía echada a perder además de oler feo dijeron: “¡Guácala! ¿Qué es eso?”

Pozol Agrio mezcló y batió, batió y mezcló hasta disolver la mezcla muy bien. Sirvió pronto una porción dándosela al mismísimo consejero real, éste al tomarlo empezó a bailar de gusto, entonces el Rey dijo con voz muy fuerte:



—¡Decidme! ¿qué os parece la bebida?

—Rey Cacao en verdad es bebida de dioses ¡Probadla mi señor! —respondió el consejero real, el Conde Mapache.

Al tomarla, el rey sintió un gran placer, una sensación inigualable. Lleno de energía y felicidad, tomó de la mano a la bruja Mazorca y comenzó a danzar con ella. Entre giros y pasos de baile la Bruja Mazorca se fue transformando en una reina de buen ver, un conjuro de hacia mucho tiempo la había hechizado, su reino les fue arrebatado muchos años atrás y por eso ella estaba ahí con sus hijos.

El Rey Cacao pidió matrimonio a la Reina Mazorca y consintió que los hijos de ella desposaran a las princesas. Cuentan que la boda real duró cuarenta días, y que las cuatro parejas fueron felices comiendo chocolate y tomando Pozol en todas sus variedades.







## **Rebeca Díaz Suárez**

Frontera, Centla, Tabasco. Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas (UNAM). Ex Jefa del Departamento de Actualización y Coordinadora de Difusión Cultural del Instituto de Educación Superior del Magisterio (IESMA). Forma parte del Cuerpo Directivo Académico de la Escuela de Escritores “José Gorostiza”. Coordinadora e instructora del taller literario independiente “Forjadores de Palabras”, el cual ya tiene su primer fruto literario titulado *Alegatos eróticos* (UJAT, 2019). Ha publicado los poemarios *La Muerte define* (2011) y *Antes que sea tarde* (2015). Participa en las antologías *¡Aquí estamos!* (2011), *Proyecto Babel* (2014), *Mujeres que no callan* (2016), *El pantano y sus voces* (2017), *Tinta savia* (2018), *Voces desde la casa* (2019), *Al pie del macuilí* (2020), entre otras.



## **Las ventas**

**Rebeca Díaz Suárez**

En el ADO la despidió su madre, quien sintió en el estómago algo extraño, aunque sabía que Mariana se iba decidida al Estado de México a continuar sus estudios universitarios en la UNAM, como lo había hecho hace dos años. Ella pensó que no aguantaría más de tres meses. ¡Quién lo iba a decir!, llegaba al pueblo en las vacaciones y nunca la escuchó decir que mejor se regresaría a estudiar por sus lares.

Mariana nació en los años 70 del siglo XX, mismo siglo en que nacieron sus padres, en un pueblo del sur de México. Cuando la nostalgia por la casa materna le aconsejaba volver, recordaba que había nacido del vientre de una mujer visionaria, guerrera, de herencia española, con carácter fuerte, trotamundos, maestra, directora y activa en la vida pública del pueblo de Quirontes, que la marcó para siempre, a quien no podía defraudar.

La vida en la ciudad era agitada y algo confusa, pero Mariana llevaba en su identidad los recorridos en bicicleta por las calles con una libertad insospechada; las caminatas con sus hermanas para ir a recoger los frutos de los árboles, su madre decía que no era bueno que se echaran a perder; el viento en las ramas que esparcían el olor a mango, nance, grosella, chicozapote, pimienta o lo que fuera de temporada. Los recuerdos de infancia y el ejemplo de doña Merly, su madre, bastaban para devolverle el ánimo.

Doña Merly, gustosa, vendía canastas de aguacate, pimienta, mango, chicozapote o del fruto que hubiera y las vecinas solían comprarle de todo lo que daba la cosecha; eran tiempos casi perfectos, excepto porque Doña Juanita la envidiaba. No hacía más que

criticarla por todo, que si vendía esto, vendía lo otro, ahora vende esto y ya no sabe qué vender. Cuando llegaban familiares o amigos, doña Merly les daba de todo. “Llévate una bolsa de nance”, “una bolsa de aguacate”, “una bolsa de limón” o de lo que tuviera. Por eso la maestra Merly era muy apreciada y admirada. Además de maestra, se buscaba otros centavos fuera de la escuela, desde su casa. Lo había aprendido en la escuela de la vida, junto a su madre.

Así transcurrieron los años de infancia y adolescencia de Mariana. No faltaron las comparaciones con las vidas distintas de quienes se crían en la capital del país y de quienes se crían en la provincia. Además, en una sociedad llena de vicisitudes para el rol de la mujer, de mucha hombría y pocas ganas de informarse sobre la igualdad y la equidad, estudiar para superarse era como un ruedo de toros.

La maestra Merly fue una destacada directora de primaria, donde Mariana estudió. Cuando pasó al nivel secundaria la extrañó mucho. Se fue acostumbrando a la secundaria hasta que entendió que así era esta cuestión, separarse tarde o temprano de los compañeritos y continuar la vida para aprender sobre Español, Matemáticas, Química, Inglés y quién sabe qué otras cosas más. ¡Ah!, no se hicieron esperar los noviazgos. Era la edad de la calentura. Su madre, Merly, era estricta, más que su padre, tan estricta que decía que los novios podían esperar y el futuro no. Cero noviazgo. ¡Qué dura adolescencia! Terminó la secundaria en el cuadro de honor, como en la primaria. ¿Qué pasaría después?

Inició la preparatoria en el año 1993. Hizo todos sus estudios básicos en el pueblo de Quirontes. Seguía llevando nueve y dieces a casa. La verdad se cansó. Salió del pueblo en 1996 para estudiar en el Estado de México una carrera muy bonita, Letras, poco elegida por quienes desean estudiar algo para que el trabajo les deje miles de pesos, según algunos padres y algunos jóvenes. El tiempo le presentó muchas sorpresas.

Se propuso estudiar y salir lo mejor posible de la carrera, sin la necesidad de que hubiera dieces de por medio. No se desgastaría. Tampoco quería ser de seis y no lo fue. Salió bien librada. Lejos quedaba el terruño de tierra húmeda, selvática, tropical. Amó la Ciudad de

México, la lleva en la piel todavía, la recorrió en metro y a pie como cuando recorrió con bicicleta Quirontes. Era pata de perro.

Un día regresó a Quirontes de vacaciones de verano y se llevó una sorpresa: los vecinos habían cerrado la calle porque argumentaban que doña Merly recibía mayores ganancias que sus pequeños negocios y las tiendas cercanas, que no la dejarían vender más frutos de la temporada si no era pareja la situación. Vieron llegar a la joven Mariana y en seguida todos hicieron muecas de “ahí viene la riquilla de la colonia”. Mariana entró a la casa con su mochila de viajera y preguntó a su mamá qué estaba pasando. Doña Merly, mujer con carácter, se soltó diciendo:

—La gente está loca. Se me hace que doña Juanita estuvo metiendo cosas malas a la cabeza de los vecinos, porque estos desde las ocho de la mañana pusieron una cuerda de poste a poste, que porque no es justo, que las ventas no son parejas para todos.

—¿Parejas las ventas? —preguntó Mariana. Sin ser experta en ventas, arguyó que cada quien se esmeraba en sus ventas dependiendo de qué vendían—. De repente les salió la igualdad y la equidad, quién sabe de dónde. Hasta donde sé, los vecinos no son muy valientes ni trabajadores que digamos.

Mariana defendió la postura de su madre, dejó la mochila en su cuarto y se dirigió a la calle.

—Si alguien tiene un problema de ventas, ¿quién les resolverá este problema?, ¿mi madre? ¿O el problema es más bien con ella? —Los vecinos se quedaron paralizados al ver a la joven Mariana atreviéndose hablar así—. Pregunto. ¿Cuál es el problema? —inquirió de nuevo la joven.

Doña Merly apareció en la calle. Hizo a un lado a la joven Mariana y dijo:

—Vecinos, yo nunca he tenido problemas con ustedes. Se me hace raro que tomen esta actitud de repente. Cada quien se busca la forma de vivir y eso no es pecado. No me conocen de ayer, sino de toda una vida. No veo por qué les molesta ahora que yo venga vendiendo si ninguno de ustedes nunca me ha comentado nada.

Yo creo que no debemos hacer chismes y problemas y es mejor arreglarnos como debe ser, como vecinos que somos.

—Mi mamá tiene razón —la secundó Mariana—. Para arreglar las cosas es mejor que quiten la cuerda y unos cuantos vecinos hablen con mamá, como buenos vecinos, antes de que llamemos a la policía y les digamos el problema que nos están haciendo.

Don Ramón, uno de los vecinos, no se hizo esperar y enseguida tomó la palabra:

—Mire maestra, nosotros estamos aquí porque nos dijeron que usted no quería que nosotros siguiéramos vendiendo nuestras cosas, que porque usted no ganaba lo que merecía. No se nos hace justo.

—¿Quién dijo eso? —preguntó doña Merly—. Sería bueno que esa persona, si se considera líder, dé la cara para arreglar este problema.

—No está aquí —siguió el señor Ramón—. Fue a su casa a darle de comer a sus niños.

—¿Quién es?

—Doña Juanita.

—Díganle a doña Juanita que venga a hablar conmigo. Quiten la cuerda por favor. Hacemos mucho alboroto.

Quitaron la cuerda.

Apareció una camioneta de la policía municipal una hora después de los hechos. José Miguel, uno de los policías, bajó, se informó de lo sucedido en casa de la maestra Merly, quien le solicitó que fuera a la casa de doña Juanita y calmara sus ánimos.

¡Toc, toc!

Juanita abrió la puerta. José Miguel le preguntó qué problema había con la vecina Merly. Temerosa, con la boca seca, respondió que había cometido un gran error al contarle a su esposo que la maestra estaba ganando mucho dinero con las ventas de frutos y los vecinos no ganaban como ella. Según Juanita, él se había encargado de contarles a ellos sobre las grandes ventas de la maestra Merly y el obstáculo que ésta les ponía con las autoridades para que ellos vendieran en sus casas y eso había provocado indignación. Por supuesto, su esposo se lavó las manos y lo sucedido recayó en Juanita.

El policía siguió:

—La maestra es una mujer conocida en el pueblo, trabajadora y es vecina de ustedes antes que nada. Antes de provocar un hecho



como el que acaba de pasar, es mejor echarse la mano unos a otros y evitarse de tantos decires que no llegan a nada.

Quince días después de lo sucedido, despidieron a Mariana en el ADO. Cada vez que se iba de Quirontes a estudiar a la UNAM, su madre sentía en el estómago algo extraño, un nudo en la garganta, pero después se quedaba más tranquila, confiaba en que todo saldría bien, era optimista.

Han pasado los años. Sus padres han fallecido. Siempre vuelve a la casa de su infancia. Por fortuna, su hermana vive a lado y pueden conservar la casa familiar que le trae bellos recuerdos. Se ha dicho segura de dónde viene y por eso dice saber hacia dónde va, se lo asegura la experiencia de haber salido del pueblo y, de alguna manera, ser trotamundos. Sueña con cerrar la calle para inaugurar con los vecinos y las autoridades de Quirontes la casa como museo, un museo en homenaje a su madre, una mujer caritativa, cuidadora de la naturaleza, maestra de muchos niños y trabajadora a favor de su escuela primaria y del pueblo, que dejó huella con su vida y obra. Un museo que no caiga en elefante blanco.

Villahermosa, Tabasco, 8 de octubre de 2020





## **El flautista de mi sueño**

**Rebeca Díaz Suárez**

Mi madre, Silvia, llegó a mi recámara aquel 22 de diciembre de 1984, tomó el librito entre sus manos y empezó a relatar: “Érase una vez un precioso pueblo llamado Hamelin. En él se respiraba aire puro todo el año puesto que estaba situado en un valle, en plena naturaleza”... Me quedé dormida. Así solía quedarme, plácidamente. ¡Qué bello tiempo, mirándolo bien! Mamá siempre tenía cuentos para leerme en lugar de mirar la televisión. Decía que no era bueno mirarla tanto. Ella también disfrutó de pequeña lo mismo que yo: los cuentos. Conocía bien muchas historias, entre estas la historia de Hamelin, los ratones, los niños y el flautista, mientras que yo apenas iba conociéndolas.

Cuando me levanté encontré el libro entreabierto. No pude leerlo la mañana del 23 de diciembre, esperé a que llegara la noche para degustar sus deliciosas líneas. Ya le había agarrado gusto a las historias, a sentir la curiosidad por saber más de lo que sucedía en esos relatos encerrados en los libros. Llegó la noche y devoré al flautista de Hamelin, terminaba así: “Era tanta la felicidad, que nadie se dio cuenta que el joven flautista había recogido ya su bolsa repleta de dinero y con una sonrisa de satisfacción, se alejaba discretamente, tal y como había venido”. Para mí esa historia fue tan fantástica, tan bonita y me dije que yo quería ver a un flautista así. Papá Enrique me escuchó y bromeó:

—Soy tu guardián, tu protector, tu flautista. Si te encerraran en una cueva, doy lo que sea por sacarte de ahí.

Sonreí y le pedí que me leyera el mismo cuento la noche siguiente.

La noche siguiente era 24 de diciembre. Desde la mañana que salió no veía a papá en la casa. Pensé que no estaría con nosotros en la cena navideña. Mamá no decía nada. No la veía preocupada tampoco. Le pregunté si papá estaría con nosotros y, con voz tranquila, contestó “claro que sí, anda haciendo compras. No desesperes”. No veía a mi familia sin mi padre en esa noche.

Dieron las nueve. Estaba bien oscuro. Vi entrar a un hombre vestido de flautista de Hamelin a casa y yo gritaba de alegría, realmente traía una flauta hermosa que me invitaba a tocarla y desaparecer niños como el personaje del cuento. En la mano traía un libro con portada dura, hermosamente ilustrada del cuento de Hamelin. Me lo dio en mis manos y yo abracé a ese señor que resultó ser mi padre. No creía que eso estuviera pasando. Uno de mis mejores regalos de Navidad, sin dudar, viéndolo a través de los años, fue ese detalle de papá Enrique con el libro en las manos de la historia que me había fascinado. Mamá me explicó lo que significaba la historia que, diferente a la que viviríamos esa noche, me encogía de hombros. Ahora entiendo que en parte era por la forma de resolver un problema, porque la dificultad que vivimos ese 24 de diciembre me hizo entender, con el tiempo, que en cualquier instante puede ocurrir algo inesperado y es bueno saber improvisar soluciones.

Dieron las once. La plática familiar estaba a todo lo que daba. Los platos ya sonaban en la cocina. Se escuchaban voces por aquí, voces por allá. Fui a mi cuarto y abrí el libro que mi padre había traído para mí. Recuerdo que las ilustraciones estaban geniales. Me maravillaba la fantasía de la historia que rompía con la cotidianidad de la casa y la escuela. Me senté en la cama y traté de leerlo yo sola. Así comenzó una aventura solitaria entre los libros y yo que se prolongó a lo largo de mi existencia, flechada por el flautista.

Dieron las doce. Me gritaron “¡Erikaaaa, vente a comer!, está servido”. Los cubiertos sonaban contentos para pescar la carne de los platos. A mí me sobraban los motivos para estar feliz. Me senté a la mesa, comí como quien nunca ha comido, devoré la deliciosa carne de pavo y el bullicio de las voces se confundía con las luces del nacimiento, encendían cualquier rostro apagado.

No había hora para irse a dormir cada 24 de diciembre. En casa amanecíamos despiertos, si era posible. Era uno de los momentos que más disfrutaba vivir. Encender y tirar chispitas, encender y dar vuelta a las luces de bengala en la calle con papá y los primos era de las vivencias más divertidas de Navidad. Estábamos dándole vueltas a las luces de bengala cuando vimos venir un carro con una rapidez tan insospechada que ya lo teníamos en frente. Papá Ernesto gritó “¡métanse a la casa, corran!”, y eso hicimos. Recuerdo que papá se dispuso a tirarse hacia la banqueta, cerca de la puerta de entrada. Nosotros nos escondimos detrás de esta, agazapados por el peligro. Vi que esperó de manera prudente en la puerta de la casa. Miró hacia el carro y...

Dieron las dos de la mañana. Escuchamos palabras altisonantes. Salimos a verlo, papá estaba junto al hombre del carro, que resultó ser su primo, que estaba bien borracho, que con toda alevosía y ventaja se había abalanzado hacia nosotros con su carro. Ese hombre discutió y quiso pegarle a mi padre, quien se limitó a tratar de meterlo a la fuerza al carro. Yo no entendía qué le pasaba a ese señor, por qué nos había asustado tanto, por qué quería pegarle a papá Ernesto, por qué había llegado borracho y actuaba como loco. Llegué a preguntarme si quería matarnos de verdad.

Papá le quitó las llaves y lo encerró en el auto, el hombre enfurecido golpeaba desde adentro. Le gritaba cosas feas a papá, quien me tomó de la mano, yo tomé la de mis primos y nos metimos a la casa. Mamá no quiso salir para nada, de seguro ya conocía lo que había detrás de esto. Las luces del nacimiento seguían encendidas, pero el ánimo ya no, de las paredes de la casa resbalaban el coraje y la tristeza por la acción cometida del primo de papá. La familia se dispuso a cerrar la casa. Mamá Silvia preparó un cuarto para mis familiares que habían llegado de visita, después me llevó a mi cuarto y me dijo: Esta noche no hay cuento. Duérmete tranquila mi niña. Oremos por los niños del mundo que no tienen alimento y paz en casa. Mañana será otro día y habrá más cuentos.

Traté de dormir pero mis ojos estaban como duermevela. Por un momento pensé que mi papá fue cruel al haber dejado ence-

rrado a ese señor en el carro. Se moriría y si lo encontraban muerto se llevarían a papá Ernesto a la cárcel.

Ya era 25 de diciembre solo que no había llegado el alba. Me sentía afligida, asustada. Abrí de nuevo el libro. Quería encontrar una respuesta al suceso de la noche. En mi cabeza de niña pasó ¡lo encontré! Pensé que si alguien tocaba la flauta se abriría el coche, el señor saldría y no moriría allí adentro, se iría y papá se salvaría, no iría a la cárcel. Pero dónde estaba la flauta.

Apenas si pude dormir. Aparecieron los primeros rayos de sol. Salí de mi cuarto y empecé a buscar la flauta. Me topé con papá en la sala. Preguntó qué hacía despierta y le dije “papá, toca la flauta”. ¿Tocar la flauta para ti? ¿Sigues con eso del flautista en la cabeza? No es hora de tocar flauta. Dijo papá.

Me senté en el sofá. Encendí el televisor. Papá fue a la cocina. Tomó agua. Lo vi salir con la llave del auto y sin que él se diera cuenta me fui detrás de él. Me quedé parada en la puerta de entrada. Abrió el carro. Regresaba y me metí corriendo a la casa. Lo miré y como quien no quiere soltar palabra me dijo “está durmiendo, vete a tu cuarto, todo estará bien mi pequeña”. Me fui al cuarto y sin querer, quizá por la tranquilidad de ver todo en orden, me quedé dormida como cuando mamá me contaba cuentos, plácidamente.

Eran las once del día. Uno de mis primos me despertó. Quería jugar y yo lo que quería era salir para ver al señor del carro. Salimos y ya no estaba el auto ni el señor. Me quedó la duda de por qué había hecho eso el primo borracho de papá.

Con el tiempo me enteré que aquel 24, cuando papá Enrique se había ausentado de casa, había pasado a verlo, quería desearle al primo David un feliz 24 y a este, de manera espontánea, se le salió decir una tremenda barbaridad: “feliz como tú ¡quién no!, si tienes una mujer que te mantiene. Yo hermano, si no trabajo, no como”. Papá Ernesto se molestó muchísimo por el comentario desagradable, le dijo que era un mal primo, un infeliz que no sabía lo que quería, un borracho que ninguna mujer aguantaría y que así no formaría una familia.

También supe que David no se había asfixiado adentro porque papá había bajado, como pudo, un poquito las ventanas delanteras

del auto para que entrara aire, y que cuando las personas no están contentas con la vida que llevan, como era el caso del primo de papá, culpan a otros por sus malas decisiones.

Cada vez que recuerdo el cuento de El flautista de Hamelin no olvido aquel 24 de diciembre, de cómo llegó papá vestido de flautista, con el libro para mí; ni la flauta, la cena, la alegría, que fue opacada por un cuento real que se metió en la noche.

Villahermosa, Tabasco, 8 de octubre de 2020.









## **Heberto de Jesús Ramírez León**

Licenciado en Derecho por la Universidad Veracruzana. Veinti-cinco años de experiencia en el Sistema de Justicia Penal, también cuenta con estudios de Licenciatura en Psicología Clínica y estudios de Maestría en Psicología Jurídica y Criminología. Autor de los libros de ensayo: “Némesis o Themis, Psicología de los juicios orales” y “De ovejas negras, bichos raros y patitos feos. La relación entre humanismo, derechos humanos y criminología”.



## **Yo, Dexter el Rojo**

### **Heberto de Jesús Ramírez León**

Hay cartas con las que puedes ganar, pero es mejor no enseñarlas.

En el sistema de justicia se ven tantas historias de las cuales podríamos aprender tanto, pero por prudencia no se puede hablar de éstas con tanta facilidad. La carrera judicial te forma para ser objetivo (no tomar nada personal) para ser prudente (no puedes ir por la calle señalando a quien fue víctima de una violación a los siete años) y para ser profesional, el jueves te puedes dar con todo con un oponente o con un compañero de trabajo y el lunes, tener una junta productiva y ser capaz de dejar tus emociones de lado, saber, sobre todo en el área legal, que existen leyes que debes obedecer, aunque no estés de acuerdo con las mismas. Lo contrario, es caer en la anarquía.

Eso pensaba doña Paquita antes de checar tarjeta. Eran ya veinte años de trabajo, nunca le dieron la oportunidad de ser jueza por más que se esforzó, siempre era la misma historia: influyentismo, política, todos eran dignos de merecer una oportunidad menos ella. Ni modo, ya solo pensaba en que su hija terminara su carrera y en litigar para demostrar que sí tenía talento para estar arriba del ring.

—Buenos días doña Paquita —, le refirió el ordenanza del juzgado —;qué alegre se ve hoy!

—Gracias don Miguel—. Contestó doña Paquita, pensando que no solo ella era víctima de las injusticias del sistema, Miguel, como muchos otros muy valiosos, también tenía su historia. Un compañero de generación de Miguel ya era magistrado y todos

los de su generación sabían que Miguel fue el más inteligente de esa generación, el otro batallaba para exponer, para hacer la tarea y para investigar, pero ahí estaba gracias al poder.

Doña Paquita llegó a su escritorio, se acomodó en esa silla que no quería cambiar porque era la única que tenía soporte lumbar. Nadie podía saber que tenía problemas en la columna, eran capaces de usarlo en su contra.

—¿Qué tenemos urgente para hoy? —pregunto doña Paquita a su asistente Eric.

—Un detenido por haber dado muerte en un robo con violencia a su víctima. Lo traen a las doce. Ya tengo listos todos los oficios para cualquier situación doña Paquita —dijo Eric orgulloso, tratando de que su jefa notara su esfuerzo.

—Gracias Eric —contestó doña Paquita añorando esos tiempos en los que ella era igual: toda entusiasmo, toda disponibilidad, dispuesta a dar la vida por el Sistema, ahora ya no era así, ya se había apagado. Trabajaba solo lo necesario. Su familia, sus aficiones, su salud, también eran importantes. Ya no pasaba el puente vacacional en el juzgado, tratando de poner todo al día para demostrar que tenía más amor a la camiseta que todos, ya no tenía nada que demostrar, había pasado todos los exámenes siempre, había estudiado todo lo que le habían dicho. Estudió dos maestrías bajo el argumento de que era necesario para ser juez. Cuando cambió la administración, nombraron jueces sin maestría. Había hecho todo lo que le habían ordenado, aun en contra de su conciencia; pero ya no valía la pena, a esas alturas era más productivo y satisfactorio un curso de repostería o uno de sastrería, le sacaría mayor provecho económico.

El agresor, (“delincuente” es una palabra muy fuerte que nunca usaba Paquita), se llamaba Rubén. Era un muchacho de veinte años, bachillerato terminado, soltero, blanco, con cabello rojo, delgado, un metro con setenta y nueve centímetros de estatura, a alguien se le ocurrió decir que se parecía al personaje de la serie “Dexter”, y ese apodo se le quedó: “Dexter el Rojo”.

En la diligencia se portó tranquilo, no habló mucho, solo contestaba sí o no, se le veía tranquilo, relajado, no era de mucha plática,

generalmente los acusados solían hacer más plática, tratar de agradar, descubrían algún tema en común con el juez, el secretario o el asistente y lo explotaban, eran muy observadores, pero no Dexter, él pedía permiso para todo: para hablar, para cambiar de asiento, para ver directo a la cara. Era muy pasivo, demasiado.

Su mamá llegó a los dos días, cosa rara, no se veía preocupada; por momentos se veía hasta relajada, una señora bien vestida, hablaba con fluidez, gente de mundo. Dexter se enfrentaba a una pena de cinco años de prisión al menos, sin posibilidad de libertad condicional. En todo el juzgado notaron la actitud de la madre, pero estaban tan acostumbrados a presenciar casos raros en el Sistema de Justicia, que no quedaron extrañados.

Se le siguió un proceso por Robo con violencia en pandilla. No agarraron a los otros dos, como usualmente pasaba. La cuantía era grande, la víctima tenía una considerable cantidad de dinero al momento del asalto, lo que disminuía la probabilidad de que le otorgaran beneficios y aumentaba la probabilidad de una sentencia con muchos años.

Dexter llegaba a cada diligencia siempre igual, siempre apático, impasible, por momentos parecía que no tenía emociones. Se mostraba preocupado por detalles como la pintura del juzgado, el cambio de uniforme, el cambio de instalaciones, el cambio de personal; nunca preguntó, a diferencia de la mayoría, cuánto le iban a dar de pena, si tenía posibilidades de salir antes, si podía recibir algún beneficio, nada.

Una de las pruebas de la defensa fue la evaluación psicológica de Dexter. La defensa hizo llegar el peritaje al juzgado.

—Buenos días señor juez —dijo Paquita con la seriedad requerida para esos casos—. Le traigo el peritaje psicológico de Dexter.

—Claro— respondió el juez—, déjalo ahí para que lo cheque al rato.

—Me gustaría, de ser posible, que lo checara de una vez —respondió Paquita a sabiendas de que corría un riesgo, pues en el sistema, el solo hecho de llevar la contraria al juez, hasta en una mínima cosa, podía hacer que te hiciera la vida imposible en el mejor de los casos. La objetividad no existe, las reglas del poder

son simples, hasta en lo judicial: “Me la haces, me la tengo que cobrar. Si no, quedo como un tonto”. Eso era el escenario real detrás de la cortina. El poder cambia a la gente, nadie lo entiende hasta que lo vive. Aquel compañero al que le pagabas la borrachera en la universidad, al llegar a Juez era capaz de ponerte un cuatro para despedirte si se lo ordenaban, todo por quedar bien con el de arriba. Todo eso lo sabía Paquita y aun así se arriesgó.

—¿Qué tiene de especial, Paquita? —señaló el juez, ya molesto porque se había interrumpido su ritual mañanero del desayuno.

—Seré sincera, señor juez: creo que Dexter es inimputable, no tiene la capacidad intelectual para comprender sus actos

—¿Ya eres psicóloga ahora, Paquita? —señaló el juez al tiempo que levantaba el tono de voz.

—El peritaje dice que se trata de una persona con un coeficiente intelectual bajo, lo normal es de 90 a 120, él tiene de 61, inteligencia limite. Tiene dificultad para comprender cosas abstractas, para aprender cosas complicadas, dificultad para adaptarse a su entorno; para él todo paso como algo vacío, sin significado.

—Pero ¿tiene o no tiene capacidad de comprensión? —pregunto el juez, ya molesto —eso es lo que importa.

—Ese es el punto Doctor—. Nunca hay que olvidar los rangos, los cargos y la realeza del sistema—: para mí que lo dice entre líneas, no lo dice expresamente, pero lo da a entender.

—Bueno—, dijo el juez ya con la actitud de iniciar el consabido discurso de lo alegado por las partes—. Si su madre no lo alega, si la defensa no lo alega de manera convincente, si no hay nada concluyente en la junta de peritos, no puedo hacer nada, a ellos les corresponde alegarlo y probarlo—. Señaló el juez lavándose las manos, gracias por hacérmelo notar, ya en su momento lo tomare en cuenta si es que hay alegato de las partes al respecto.

El proceso siguió su curso. Fue sentenciado, la madre nunca le hizo notar nada al juez, la defensa tampoco. Nunca nadie invocó nada de aquello que podría hacer que fuera declarado inimputable.

Lo de la prensa vino después, la ofendida tenía poder económico y había pagado a un periódico pequeño, de esos que circulan en los juzgados para que saliera la nota, era una práctica común

para presionar al juez para que dictara sentencia de culpabilidad. Estaba en primera plana del pasquín:

“Dexter el rojo es un psicópata que viene de las entrañas del infierno”.

Nada más lejos de la realidad. La impresión se quedó en el mundo judicial y llegó a asimilarse la idea de que Dexter era el hombre más peligroso del mundo. La nota describía como había sido el asalto: tres jóvenes rodean a una anciana, le piden el dinero, ésta se niega, la tiran al suelo y le quitan su bolsa, el único que se quedó en el lugar fue Dexter, estaba agachado agarrando a la víctima del brazo, la gente lo rodeó, ya lo iban a quemar cuando llegó la policía y lo rescató. En una ocasión le dijo a Paquita que se había quedado a ayudar a la ofendida a levantarse, por eso lo agarraron.

Y así se quedó: Dexter el psicópata, el mal nacido, el hijo de satanás, el djinn, el demonio en persona.

Con el tiempo el caso se olvidó, aunque a Paquita siempre le quedó la duda: ¿Era capaz su madre de no usar esa carta con tal de guardar las apariencias? ¿no sabía de la capacidad intelectual de su hijo? ¿Era posible que un padre prefiriera que su hijo pasara años en la cárcel antes de aceptar que tenía poca inteligencia? Tal vez sería de esas muchas interrogantes que se quedan abiertas en la historia de un servidor público.

Dexter regresó después de cumplir su condena, estaba acompañado de su madre, a su lado se veía como realmente era: chiquito, dependiente, como un niño inseguro de cuatro años que siempre está viendo a su madre antes de abrir la boca o hacer algo, un niño, como todos, en busca de aprobación y aceptación de la figura paterna. En esa ocasión su madre fue a sacar copias, Dexter quedó solo en el juzgado y ahí sí cambió, se relajó. Habló de su equipo favorito de fútbol, le dijo a todo el personal que él era Dexter, preguntó si lo conocían, la nueva jueza le dijo que no de manera cortante, como cuando se trata a alguien que es imprudente, que no tiene juicio social acerca de las formas, las costumbres, los modos. Su madre regresó, ambos se retiraron y Dexter nunca volvió al juzgado.

Diez años después, Paquita encontró a la mama de Dexter en una estética, ella no reconoció a Paquita, curiosamente se sentaron una al lado de la otra y se escuchaba todo lo que decían. La mama de Dexter inició plática con la estilista hablando de su apellido, de su hijo mayor: el triunfador. Nunca mencionó a Dexter, habló de sus amistades, de cómo el domingo había sido invitada a una comida exclusiva para las familias más antiguas de la ciudad, “no cualquiera”, repetía con insistencia para que todos la escucharan. La estilista le preguntó por Dexter, la madre respondió, que ahí estaba en la casa, ya tiene treinta y tres años, no se ha casado, no tiene novia, sus amigos tienen quince años y finalmente dijo la frase que respondía la pregunta, y que delataba que sí había reconocido la falta de capacidad mental de su hijo: “Se la pasa jugando, comiendo, sin responsabilidades, como un niño de nueve años”. Legalmente fue justo. Moralmente, fue de las cosas más injustas que vio Paquita en sus treinta años de experiencia en el Sistema de Justicia, y había visto bastante. Nadie supo nunca la verdad ni se preocupó en investigarla. Como tantas otras cosas, una realidad es la periodística y otra la humana.

Hay cartas que ganan el juego, pero es preferible no enseñar. Preferible unos años de cárcel para Dexter y que se encierre en casa toda su vida, antes de hacerle saber al mundo que tenía retraso mental.



## **Harry y su armadura**

### **Heberto de Jesús Ramírez León**

Las etiquetas son armaduras. Algunas nos la ponemos nosotros, otras nos las ponen desde fuera, y otras más son una combinación entre lo que somos y lo que los demás quieren que seamos, o bien lo que queremos ser para los demás. Cada día son más gruesas, aunque a veces hay alguna parte frágil, como un talón de Aquiles. Nos las ponemos o nos la ponen para protegernos de los demás, para proteger a los demás de nosotros mismos. Lo peor ocurre cuando la armadura se vuelve independiente, empieza a tomar decisiones y al final, se deja de ser humano para ser solo armadura.

Desde la primera vez que Héctor vio a Harry supo al instante cuál era su armadura. Era un día como cualquier otro en el juzgado. Se sabía desde el día anterior que iba a llegar un caso especial. En el ámbito, un caso especial es cuando atrae la atención de la prensa, o cuando hay personas con poder político, económico o social involucrados.

La nota del periódico era clara: “En un solo día viola a dos mujeres”. Primera imprecisión, abusó de una y lo intentó con la otra. Es tan común que se distorsione la información en ese tipo de casos. Al final lo único que importa es llamar la atención, y entre más sensacionalista sea, mejor.

Héctor era secretario judicial desde hacía más de veinte años en el juzgado, había recorrido diversos municipios, había trabajado con todo tipo de jueces en el sistema antiguo: el sistema de las lealtades a muerte, del juzgado unido bajo un solo líder, sin contradicciones ni estilos confrontados. Nunca se casó por dedicar su vida a los juzgados, nunca bajó la guardia, siempre orgulloso

de servir al Sistema, aunque muchos de sus compañeros estaban hastiados y solo seguían porque les era difícil empezar de nuevo. Héctor era de estatura baja, tez morena, siempre peinado hacia atrás con brillantina, y conservaba sus ideales. Usaba pantalón de campana con dos bolsas, botines cubanos, chazarilla y mucha colonia agua brava, se había quedado en los setentas. Había visto de todo: violadores, homicidas, secuestradores, defraudadores, pero los que más llamaban su atención eran los ladrones: esos que roban por drogas, que llevan cuchillo, pelo corto para que no puedan agarrarlos, ropa floja, delgados y que corren como gacelas. Ya era bola cantada que cada vez que llegaba un ladrón, al día siguiente llegaba la mamá haciendo hasta lo imposible para que saliera en libertad. Algunos ya eran conocidos, caían una y otra vez, hasta que llegaban como víctimas por homicidio. “Todo tiene un costo y aquí se paga” —pensaba Paquito.

La diligencia empezó.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Héctor.

—Harry el psicótico —respondió sintiéndose orgulloso de su apodo.

—¿Quién te puso ese apodo? —preguntó Héctor.

Era algo muy natural entablar plática en el antiguo sistema, conocer más a la gente en corto, sin tantas formalidades.

—Ya sabe, licenciado, la pura banda malandra. Dicen que no tengo corazón, como esos que salen en el cine—. Contestó Harry con esa vehemencia que lo caracterizaba.

—Todo esto es mentira licenciado. Lo que pasa es que pues tome algo que no debía y me puse bien loco. Yo sí hago travesuras; pero nada que pase de conseguir unos centavos para la yerbita vaciladora.

—Claro, te entiendo —dijo Paquito mientras pensaba que siempre trataban de justificarse, fuera un secuestro, una violación, un robo, siempre era lo mismo.

En corto decían tantas cosas, que a veces llegaban a convencer, pero la formación judicial es para eso. Se puede creer y a la vez juzgar sin ningún problema. Más allá de la teoría, el estudio era para formar profesionales éticos, objetivos, imparciales y sobre

todo prudentes. Las palabras pesan, y entre más alto el cargo, más peso tienen, por eso los jueces casi no hablan, no pueden dar esperanzas ni condenas anticipadas.

La diligencia de declaración preparatoria se desarrolló en calma. Ya eran las tres de la tarde. Paquito sabía que si era necesario debía quedarse al igual que sus compañeros de trabajo. Eso era lo que más enojaba a Paquito: que el público no entendiera su sacrificio. Para la mayoría de la gente, todos los que trabajan en el Sistema de Justicia son flojos, corruptos (la letra escarlata de moda). No tenían idea de cuánto sacrificio tenían que pasar todos, policías, custodios, fiscales, auxiliares, defensores, jueces. Trabajar en el Sistema de Justicia cinco años, era como trabajar veinte en una empresa normal. La presión era difícil de dimensionar.

El juzgado era como tantos, lleno de expedientes, olor a húmedo, a algo de creolina, con muebles de madera que separaban los espacios, todos amontonados, sin espacio para desayunar, color café predominantemente.

—Le voy a explicar de qué se le acusa, señor Harry —dijo Paquito al tiempo que iniciaba a leerle los cargos—: es acusado de dos delitos, uno de violación y otro de violación en grado de tentativa. A la primera víctima, el día catorce de mayo de dos mil tres a las diez de la mañana, usted la obligó a ir a un motel, para lo cual se sube en la parte de atrás de su vehículo y con una pistola la hizo dirigirse al hotel; la hizo tener relaciones sexuales, salieron del motel, y de ahí la abandonó y le dijo que se dirigiera a su casa sin ir a la policía porque ya sabía dónde vivía, usted se llevó la cartera de la víctima. Y en el segundo caso, ese mismo día a las catorce horas usted se subió al carro de la señorita Rosenda y apuntando con la pistola, le dijo que se dirigiera a un motel, en este caso, ella aceptó; pero pasadas tres cuadras acelero y chocó contra un poste, usted salió corriendo, pero fue detenido en el momento.

A Harry se le dictó formal prisión y con el tiempo fue sentenciado.

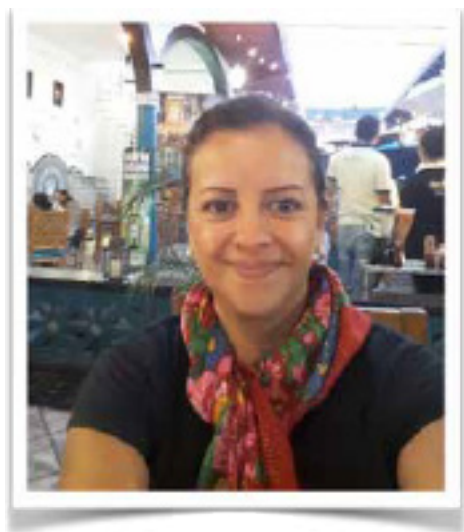
Dos años después, en noche buena, Héctor volvió a ver a Harry, ahora por tráfico de drogas dentro del reclusorio. Indudablemente ya no era el mismo. Ya no le hizo platico ni a la Jueza ni a Paquito, solo respondió lo necesario, estaba más delgado, y ya en

su mirada se notaba la vida de reclusorio: siempre a la defensiva, siempre protegiéndose, pero a la vez aprovechando cada circunstancia para obtener provecho, fuera lo que fuera: comida, drogas, sexo, todo lo que pudiera sacarlo de ese infierno, aunque fuera un segundo. todo era intercambiable, sobre todo la dignidad. Llegó a vender a su hermana por cocaína durante dos meses. La famosa y anunciada reforma del narcomenudeo fue el peor error de política criminal del Estado Mexicano. Todo por quitarle carga de trabajo a los juzgados federales. Un procesado se lo dijo coloquialmente: “toda la matazón empezó con el narcomenudeo, antes uno le daba a uno solo, ahora hay que darle como a diez y eso no garantiza nada, ya no hay pa tanto cabrón” .

La tercera vez fue completamente diferente. Harry había matado por encargo a otro interno en una disputa de drogas. Por contrato. Tenía la mirada vacía, en sus ojos había mucho odio, mucho resentimiento, años de indiferencia, de adicciones, de noches en vela temiendo que lo fueran a violar. Se hizo famoso en el periódico como una bestia sin sentimientos, como un “psicótico”.

Cuando Paquito lo vio, no pudo reconocerlo. La primera vez que lo vio era un ser humano, ahora era solo una etiqueta sin una pizca de dignidad.





## **Guadalupe Hernández Benavides**

Altotonga, Veracruz, 1966. Maestra en Educación y Licenciada en Idiomas por la Universidad Veracruzana. Profesora jubilada, radica actualmente en la ciudad de Agua Dulce, Ver. Es creadora y directora de la revista Palabra Infinita que se publica mensualmente. Escribe poesía y cuento. Estudió el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores “José Gorostiza” en Villahermosa, Tabasco.



## Ángela

### Guadalupe Hernández Benavides

Si hubiera sabido lo que Ángela quería para sentirse en paz, hace mucho habría vuelto al lugar donde crecimos, pero la mayoría de las veces, los adultos dejamos de creer e incluso de soñar.

La última voluntad de mi madre, volver a su tierra cuando “Dios la llamara de este mundo”, me trajo de vuelta al lugar donde nací y pasé los años de la infancia, hace casi cuatro décadas.

Después de depositar sus cenizas en el panteón municipal y despedir a los familiares y algunas amistades que acompañaron a la ceremonia, me dirigí al hotel para descansar un poco. Decidí quedarme unos días en el pueblo, pues a petición de mi madre debía poner en orden los papeles de la casa que había estado abandonada desde que papá faltó. Ir a catastro, pagar los impuestos, hacer los trámites para ponerla en venta; entre otras cosas. Camila, mi nieta de siete años, me acompañaba en esos menesteres.

De pie frente al viejo portón de madera situado en medio de la barda de piedra que rodeaba la casa, los recuerdos golpearon mi cabeza como un rayo repentino. Me pareció escuchar los gritos de mamá llamándonos a comer mientras mi hermana y yo nos mecíamos felices en los columpios de madera que colgaban de una de las ramas del encino, o los ladridos de Lobo, el perro que nos cuidaba y jugaba con nosotras mientras recogíamos bellotas. Empujé el pesado portón que chilló quejumbroso sobre la herrumbre de sus bisagras y tuve la sensación de que una gota helada bajaba por mi espalda. Tomé de la mano a Camila y caminamos hacia la casa atravesando el jardín que extrañamente estaba

bien cuidado a pesar del tiempo. Después supe que don Juan, el hijo del antiguo vecino lo podaba de vez en cuando.

La casa estaba vieja y descuidada. Los muros descarapelados tenían manchas de moho y algunas grietas. El piso necesitaba cambiarse al igual que las tejas de barro que conformaban el techo pues muchas estaban rotas y por ahí se colaba la lluvia causando problemas de humedad en todo el interior. “Arreglar esto tomará bastante tiempo y dinero”, pensé observando todo a mi alrededor. De pronto, me pareció escuchar un ligero susurro, acompañado de una musiquita casi imperceptible que salía de las grietas de aquellas paredes.

La risa alegre de mi nieta me hizo volver a la realidad. Se paseaba emocionada por las habitaciones del pasillo que conduce al patio trasero. Don Juan, quien nos había visto llegar, se acercó para darme el pésame y ofrecer su ayuda. Me explicó que a petición de mi padre, quien les mandaba dinero cada mes, su familia se encargó de cuidar y vigilar la casa. Después de unos años no supieron más de él; sin embargo, trataron de mantenerla en condiciones más o menos regulares.

—Abuelita ¡el pozo de mis sueños sí existe, está allá afuera! —interrumpió Camila que corría apresuradamente hacia mí.

—¿Otra vez con lo mismo, hija? Quédate quieta un rato mientras platico con este señor.

—¡Y junto está una casita chiquita con una veladora, y la foto de la niña que me habla cuando estoy solita! —volvió a interrumpir.

—¿Una veladora? ¿Una niña?

—Después de que ustedes se marcharon, don Antonio, su padre, era el único que venía de vez en cuando. Pasaba unos días aquí; bebía aguardiente con mi papá, y mi mamá les daba de comer. En una de esas visitas mandó a poner una capillita allá atrás junto al pozo, y pidió que siempre le pusieran una veladora para que su niña no tuviera miedo en la oscuridad —me decía don Juan, mientras caminábamos hacia el patio de atrás.

La luz de la veladora resplandecía tras el cristal de una pequeña capilla en forma de casita, ubicada al lado del viejo pozo que seguía de pie como una marca inmutable de la desgracia que acon-



teció en nuestra familia. La memoria de Ángela, mi hermana menor, se agolpó en el corazón, y por segunda ocasión en ese mismo día, volví a sentir que algo helado bajaba por mi espalda.

Los recuerdos me llevaron a aquel domingo nublado y frío del año setenta y cinco. Ángela se despertó muy temprano y salió al patio a buscar su cajita de música que la abuela le había regalado un día antes por su cumpleaños. No volvimos a verla nunca más. Días después la encontraron ahogada en lo profundo de ese pozo maldito que nos arrancó la felicidad y la separó para siempre de nosotros.

—Mi mujer encontró una fotografía del día que festejaron su cumpleaños y la puso aquí, junto a la veladora, aunque está algo borrosa por la humedad —explicó don Juan, interrumpiendo mis pensamientos—. También me ha dicho que a veces la niña le habla en sueños y le pide que busque algo, pero no comprende qué cosa es.

—Es la misma niña que platica conmigo, abuelita. ¿Por qué nadie me cree?

—Está bien, hija, vayamos a comer y a descansar un poco. Mañana hay mucho que hacer aquí.

De regreso en el hotel, mientras me bañaba antes de dormir, recordé las veces que Camila me hablaba de sus sueños. Empezó cuando tenía cinco años. Decía que soñaba a una niña de cabello trenzado y ojos claros sentada sobre un pozo y, junto a ella, a veces había un perro de ojos grandes y profundos. También le platicaba sobre unos columpios y le expresaba su tristeza por no tener con quien jugar. Una tarde me platicó que la niña del pozo estaba angustiada porque no encontraba la música.

Cada vez que Camila hablaba de sus sueños o sobre la niña que creía ver, nadie, ni sus papás ni yo le dábamos importancia. Yo me hacía la desentendida, pero ahora sé que estaba siendo fría, ignorando mis recuerdos para olvidar el pasado.

—Abuelita, es hora de levantarnos, ya salió el sol. ¿Iremos otra vez a ver a la niña del pozo? Anoche volví a soñarla.

—¿Y qué te dijo esta vez?

—Me preguntó quién eras. Dijo que ayer te veías triste, pero quie-

re que me ayudes a buscar su cajita. Que la música le va a ayudar a estar feliz.

—¡La caja de música que le regaló la abuela! ¿Cómo es posible? ¡Todos estos años, qué tonta he sido! —exclamé.

Entonces recordé que días después del funeral de Ángela, Lobo, nuestro perro aullaba y brincaba sin parar cerca del pozo. Fui a ver qué quería y lo encontré rascando la tierra atrás de un arbusto que se encontraba en aquella parte de la casa. Con un palo le ayudé a cavar un pequeño hoyo y ahí estaba la cajita musical de mi hermana. Abracé a Lobo y lloré desconsoladamente. Él jadeaba y me lengüeteaba el rostro a manera de consuelo. Sus ojos acuosos me miraban con intensidad como si fuera la propia Ángela quien me estuviera viendo. Limpié cuidadosamente aquel objeto y lo guardé entre mis cosas.

Al año siguiente nos marchamos del pueblo pues mis papás no pudieron seguir viviendo allí. El recuerdo doloroso de aquel suceso nos alejó para siempre de lo que había sido nuestra vida hasta entonces.

Con la mente un poco más despejada, decidí tomar el autobús, volver a la ciudad, buscar la cajita de música y regresar cuanto antes a la vieja casa. No tenía muy claro qué sucedería después, pero de lo que sí estaba segura era de querer devolverle a Ángela, mi pequeña hermana, la paz que tanto anhelaba.

Mi nieta y yo pasaremos juntas este verano. Hoy cumple nueve años, los mismos que tenía mi hermana cuando se marchó. Camila aún sueña con ella. Dice que me agradece por haberle devuelto su cajita de música, que ahora es una niña alegre y conoció a otros niños con los que juega en los columpios. También le ha dicho que Lobo la cuida y es travieso y juguetón como siempre.

Desde aquel día, yo también me siento más feliz, la casa quedó como nueva. No la vendí. Decidí quedarme aquí y vivir en paz con mis recuerdos.

## **El sueño de Natalia**

### **Guadalupe Hernández Benavides**

Un ruido extraño hizo volver a Natalia del letargo en el que se encontraba. Se puso de pie y por un instinto inexplicable, se acercó a la ventana desde donde se veía un terreno baldío pegado a la parte trasera del edificio. A pesar de la escasa luz, y de los tres pisos que la separaban de la superficie de aquel terreno, distinguió a cuatro hombres desnudos que con pico y pala cavaban una profunda fosa. Atrás de ellos, una mujer delgada, de larga cabellera negra, les apuntaba con un rifle.

Pocos segundos después sintió un fuerte espasmo dentro del estómago y lo apretó contra sus manos. La sangre caliente las bañó de inmediato. Horrorizada, gritó tan fuerte que despertó a Rosaura, su madre, quien dormía junto a ella.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Otra vez con tus pesadillas? —exclamó asustada la madre moviendo con fuerza a la chamaca para que despertara.

Desde pequeña, Natalia había sido una persona especial, con una belleza radiante y un alto sentido de la intuición. Podía interpretar los sueños y era capaz de ver las cosas antes de que sucedieran, como el día en que supo que don Clemente, el dueño del aserradero moriría de un infarto. Aquella misma tarde, unos hombres entraron a su negocio y con pistola en mano lo amenazaron exigiéndole el dinero de las ventas de la madera. Del susto, su corazón se detuvo y cayó fulminado sobre la alfombra de aserrín que cubría el piso.

También podía encontrar objetos perdidos. Cada vez que Rosaura extraviaba algo o no encontraba su monedero, Natalia le

decía con toda certeza dónde hallarlo. Conforme pasaba el tiempo su don de clarividencia se desarrolló de una manera extraordinaria. Los vecinos y habitantes del poblado en donde vivían y de otros lugares cercanos, le consultaban toda clase de asuntos y aunque no cobraba ni un peso por sus servicios, en agradecimiento le dejaban algunas monedas como propina o bien le pagaban en especie, ya fuera con alimentos, ropa o utensilios para la cocina. De ese modo Natalia ayudaba a su mamá quien había quedado viuda cuando ella era aún muy pequeña.

Un día, una paloma de alas grandes y negras entró a la cocina, la leche recién hervida se agrió y había gusanos por todas partes.

—La muerte anda rondando —le dijo Natalia a su madre cierta noche.

—Esa siempre se pasea hija, desde que uno nace. Anda, vamos a dormir que ya es muy tarde.

Se despidieron sin saber que no volverían a verse, su madre no volvió a despertar.

El médico afirmó que fue a causa de la apnea del sueño, un trastorno en el que la persona simplemente deja de respirar debido a una obstrucción que sufren las vías respiratorias.

Iván y sus dos hermanos, que eran los únicos parientes de su papá, se hicieron cargo de Natalia. Por las mañanas iban muy temprano a las maquiladoras y después del trabajo se pasaban a las cantinas. Les gustaba jugar a las cartas o a los dados y siempre se las ingeniaban para ganar o robar el dinero de los que se quedaban dormidos tras embriagarse.

Se aprovechaban de todas las personas, incluida su sobrina, quien trabajaba casi sin descanso haciéndose cargo de las labores domésticas de la casa, además de atenderlos a ellos y a las distintas mujeres que llevaban cada noche.

A los quince años, Natalia ya era una muchacha muy hermosa: de una larga cabellera negra, alta, y con un cuerpo bien formado. Entonces sus tres tíos empezaron a abusar de ella. Le pegaban y la obligaban a hacer toda clase de cosas que los complaciera. Después traían a su casa a otros hombres quienes pagaban a cambio de acostarse con la pobre muchacha.

Durante los meses siguientes Natalia tuvo sueños raros. Se veía a sí misma vistiendo un traje de novia y rodeada de hombres desnudos con alas de pájaro. Otras veces soñaba que se iba en un tren mientras sus tíos corrían desesperados para tratar de alcanzarla. Lograban asirla de los cabellos y se los arrancaban casi por completo mientras el tren avanzaba.

Cierta noche despertó muy angustiada. Había soñado nuevamente con cuatro hombres desnudos que cavaban un hoyo grande y profundo, mientras ella los observaba desde la ventana de un edificio de departamentos. A partir de entonces, el mismo sueño se repetiría una y otra vez durante varios años.

Un domingo, mientras preparaba el desayuno, sintió una opresión en el corazón. Vio a través de la ventana a un cuervo grande que la observaba fijamente. No se asustó, por el contrario, se sintió tranquila, aunque un raro escalofrío le recorrió el cuerpo. Se apresuró a terminar para poder ir a la misa de doce.

Faltaba como un cuarto de hora para el medio día, cuando Adolfo, uno de sus tíos regresaba acompañado por un hombre de unos treinta años aproximadamente. Por su forma de vestir, se podía notar que tenía dinero, pero la manera de hablar revelaba sus malos modales y su aliento, el gusto por el alcohol y el tabaco.

—Pero ¡qué tenemos aquí! —exclamó aquel sujeto mientras examinaba a Natalia con sus ojos, de arriba abajo.

—Te dije que te iba a encantar —contestó Adolfo.

—¡Es más bonita que todas las putas de este pueblo!

—Por eso te costará más, cabrón. Esta no se ha revolcado más que conmigo—. Mintió deliberadamente.

—Perdón, señorita. Mi nombre es Leopoldo —dijo extendiéndole la mano a manera de saludo.

—Saluda Natalia, que este que ves aquí es a partir de hoy, tu marido, el señor Leopoldo Lima —agregó su tío. Anda, ve por tus cosas que te vas con él hasta la frontera. Te comportas y no me hagas quedar mal. Que vea tu marido que vales cada peso de lo que pagó.

La pobre Natalia no pudo hacer nada. Sus tíos la habían vendido con Leopoldo y por más gritos y súplicas para que no se la

llevara de allí, cuando se dio cuenta el sol ya se estaba poniendo; habían transcurrido más de cuatro horas. De tanto llorar, se quedó dormida. Antes de la media noche, ya estaba en Tijuana.

Leopoldo Lima la llevó a una casa solitaria hacia las afueras de la ciudad. Al principio la trató con amabilidad y cariño. Le enseñó la ciudad, le compró ropa nueva, la invitó al cine y poco a poco la fue conquistando hasta que logró seducirla. Joven e ingenua, terminó por creerle.

Leopoldo, por su parte, salía de la casa un poco antes del mediodía y no regresaba hasta la noche. Casi siempre llegaba tomado y a veces llevaba a otros hombres y obligaba a Natalia a emborracharse con ellos. Cuando ella se rehusaba, la golpeaba y la encerraba varios días en una de las habitaciones de la casa. A veces la golpeaba tanto que sentía ganas de matarlo. Entonces la idea le quitaba el sueño durante varios días, imaginando todas las maneras posibles de acabar con él.

Con el tiempo la muchacha se resignó a esa forma de vida. Se dio cuenta de que, si era más complaciente con Leopoldo y los hombres que pagaban por estar con ella, dejaría de pegarle; además podría juntar algo de dinero para largarse de ahí y olvidar todo su sufrimiento.

Como era una mujer joven y muy hermosa, muchos hombres la querían sin importar el costo. Además del dinero que le pagaban a Leopoldo, le hacían regalos a ella, y la trataban con delicadeza. Al cabo de unos años, y sin quererlo, se había acostumbrado a vivir así. De cierto modo se sentía amada por primera vez desde que murió su madre, y disfrutaba el trato con aquellos hombres que no conocía. Sin embargo, también deseaba marcharse lejos de allí pues estaba cansada de los abusos de Leopoldo. Había podido ahorrar lo suficiente para comprarse una casa y tenía la ilusión de empezar una nueva vida; además la muchacha se había hecho también de algunas amistades quienes le ayudarían a lograr su propósito.

Una mañana mientras Leopoldo dormía, Natalia huyó. Cruzó hacia los Estados Unidos y consiguió un departamento para vivir en una pequeña y tranquila ciudad en el estado de California.

Tan pronto cruzó la puerta de aquel departamento, tuvo la sensación de haber estado ahí antes. Los muebles, las cortinas, todo a su alrededor le era familiar. Una expresión de ansiedad se dibujó en su rostro. Se apresuró hacia una de las ventanas, recorrió la cortina con desesperación y pudo ver, desde aquel tercer piso, en la parte trasera del edificio; un terreno baldío lleno de hierba y basura.

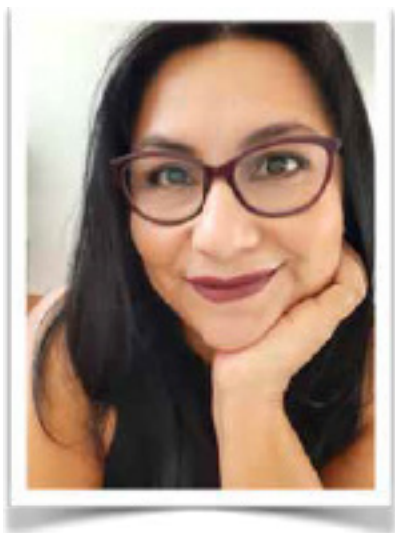
Contiguo a aquella propiedad, el canal de aguas negras marcaba los límites de la ciudad por la parte oriente. Más allá, apenas perceptible, se podía escuchar el eco de las montañas perfiladas en el horizonte que le recordaban el pueblo donde creció, por la sierra de Chihuahua y al que jamás habría de volver.

Regresó la mirada hacia el terreno baldío y allí, posado sobre un montículo de tierra, un cuervo la observaba fijamente a los ojos.









## **Carolina Toro Castillo**

Locutora y narradora, miembro de la Sociedad de Escritores Mi-choacanos. Durante 2020 impartió talleres literarios en la Escuela de Escritores “José Gorostiza” y en la Universidad de Antioquia, Colombia. Sus textos aparecen en los cuadernos colectivos editados en colaboración con el Instituto Potosino de Bellas Artes: “El collar de perlas”, “El cuarto de los objetos perdidos”, “Camino antiguo a la libertad” y “Antología Cuentos potosinos”. Su libro de cuentos “La sombra de las cornisas” obtuvo en 2016 el premio Manuel José Othón en la categoría de narrativa y en 2018, la Secretaría de Cultura de San Luis Potosí, difundió una selección de sus textos para el programa “Región de Letras”. Produce el programa semanal “Letra Viva”, que se transmite en la emisora cultural Radiofonía Online, además de alojarse en la plataforma de streaming musical Spotify.



## **Todo lo que necesito**

**Carolina Toro Castillo**

Beto tiene puesta la sonrisa de cuando está muy orgulloso de sí mismo. De su maletín marrón tocado por los años saca un sobre gordo mientras habla entusiasmado. Dice que ahora sí todas las fotos me parecerán muy buenas. Comienzo a revisar sin detenerme demasiado en ninguna, hasta que, entre tantos ángulos perfectos y balances de luz inmejorables, descubro el rostro de ella. Me vuelvo sordo a todos los sonidos de este restaurante.

El azar no existe. Mónica viene siempre de alguna manera, en una charla fortuita o en sueños. Hoy llega a través de la superstición que tiene mi amigo de fotografiar primero, en todo trabajo, a cualquier mujer. Ella sabe que la he descubierto en esa imagen accidental, para endurecer mi tormento refina su media sonrisa y se vuelve más hermosa por obra de su voluntad. Sabe que la añoro, como siempre.

Pero mantengo mi aparente indiferencia y traigo los sonidos de vuelta. Beto me propina una larga explicación de su técnica fotográfica, del avance que tiene este trabajo respecto al último que realizó para una agencia. Sé que no hay nada que lo haga callar cuando comienza a elogiar sus progresos; pero no quiero que calle, quiero que me dé tiempo de pensar en el acto de prestigiar en el cual la foto pasará del sobre, al bolsillo de mi chamarra. Yo le digo que sí con la cabeza y hago señas al mesero para que sirva más café. Enciendo su cigarrillo, que nada interrumpa mi reflexión.

Podría tomarla sin más, después de todo, Beto y yo hemos mantenido un tácito pacto de discreción respecto a mi historia

con Mónica, ha sido testigo de muchos de mis tropiezos y siempre trata de apoyarme; pero cuanto más se esmera en mejorar mi ánimo, más limitado me siento. No quiero evidenciar que sigo enfermo de ella, de sus cabellos largos y lisos, de su mirada fija en el vacío durante la ordenación de las ideas que luego explica con un agraciado movimiento de sus manos.

Hago referencia al calor que se siente, continuo revisando y hago preguntas. No tengo que insistir mucho para que siga hablando.

Si mi amigo se levanta al baño, tomo la fotografía y me despi-do en cuanto regrese. La llevaré conmigo para reponer el objeto de veneración que ya no tengo. Que he necesitado desde que mi esposa hizo una búsqueda por todo el estudio y descubrió que yo guardaba los negativos de un trabajo como este, también eran montañas, también estaba Mónica. Maltrató mis objetos para demostrar su enojo, rompió los negativos y cualquier otra cosa que la representara, y sólo interrumpió su intento de exorcismo cuando yo acepté, maniatado, la promesa de no volver a trabajar juntos, ni verla, ni hablar con ella por ningún motivo.

Ahora es mi turno, trato de concentrarme. Los lentes resbalan por mi nariz y los acomodo antes de hablar. Pero aquella mujercilla que agita las manos desde una mesa del fondo desvía nuestra atención. En una ciudad pequeña se encuentra gente conocida por todas partes. Beto le sonríe también, pide disculpas por la interrupción y se levanta para saludarla. Pongo mucha atención en todo lo que hay alrededor: Los cuatro meseros que se mueven con agilidad, los olores que se revuelven, las señoritas de al lado que no se dejan hablar unas a otras. No sirven mis intentos por distraerme, quedé náufrago en compañía de mis demonios. Hace mucho calor. Este es el momento, tengo que tomarla, aunque me duela todo otra vez; aunque tenerla alimente mi suplicio inútil. Reviso una vez más las fotos, como un despistado solitario que silba para pasar inadvertido y se vuelve obvio. Miro hacia la mesa del fondo para saber si hay peligro. No sé si es fortuna o no, pero están distraídos. La tomo para llevarla al interior de mi chamarra, de donde saco un pañuelo y seco mi sudor.

Beto regresa. Doy un discursito muy animado por mi secreta victoria. Lo felicito por su progreso, le digo que sigue haciendo buen equipo con Mónica. Agradece mis halagos y se lamenta de que ya no seamos el trío inseparable de nuestros comienzos. Hago un micro gesto, me quedo callado. Le aseguro que me siento bien y me levanto. Otro apretón de manos, palmadas en la espalda, la promesa de vernos pronto. Me retiro con el pretexto de que lloverá en cualquier momento.

Camino hacia la puerta y escucho su voz a mis espaldas:

—Es tuya, Santiago, para eso la traje.

Quedo al descubierto. Me siento convertido en caricatura. Escapo. Un sonido dispar anuncia las primeras gotas de lo que promete ser un copioso aguacero. No trato de refugiarme de la lluvia. Busco una calle pequeña, con poca gente. Desearía ser invisible. Camino de prisa, pienso en el robo, en mi conducta digna de risa y parto la foto a la mitad. El azar no existe, ella se aleja siempre tan pronto como llega. Deposito los pedazos en el bote de basura que hay en la esquina y doy un respiro profundo.

El tiempo que hay entre mis pasos es ahora más grande. El olor de la tierra húmeda y los charcos en las calles me dan la sensación de haber llorado mucho, eso es lo que necesito.



## Uruapan-San Luis-Uruapan

Carolina Toro Castillo

Te vi cruzar la puerta de vidrio que separa los andenes de la sala de espera, con el andar precario, muchas horas de camino reflejadas en tu cara y la niña apretando tu mano. Arrastrabas una valija tanteando con los ojos el interior de la central de autobuses, que estaba repleta de gente por el inicio de las vacaciones. Me acerqué para ayudarte a cargar la pesada mochila que retenías en el hombro. Giraste al escuchar mi voz, yo estaba parado junto a ti sonriendo.

Durante el abrazo respondiste las preguntas que me sentí obligado a hacer sobre el retraso y la incomodidad del trayecto. Ella estaba junto a ti mirando el ir y venir de carritos llenos de maletas, de pronto levantó el índice para señalar y dijo algo, no sé qué. Entonces reconocí que su presencia era tan real como la nuestra. La acercaste a mí, “Liliana, él es mi amigo Marco. A ver, saluda, dile hola a Marco”. Agradecí la prudencia, Liliana tiene los ojos, las cejas, la nariz de tu amigo Marco; pero el conjunto de su cara es una réplica tuya. No quiso hablar, le pedí permiso para tomar su mano y dijo que sí con la cabeza. La sujeté de la muñeca con la reserva de quien toca un objeto caliente, esperando una descarga inmediata de apego que despertara mi instinto paterno. ¿Qué será oportuno decir en esos casos?

“Voy al baño”, dije apresurado, luego me detuve y regresé dos pasos para preguntar: “¿Tienes cigarros?”, no esperé respuesta, “de una vez compro unos”, terminé. Fui directo a la máquina, saqué un paquete, le di unos golpes contra mi mano y lo abrí mientras caminaba rumbo una puerta de acceso.

Apago la colilla en el cenicero, regreso palpando mi chamarra en busca del cuaderno y la pluma para desahogar el ansia de escribirte, aunque ahora estés a unos pasos cuidando a la niña que trajiste desde Uruapan.

*Rosario,*

*Estoy aquí, junto a la entrada. Tengo muchos sentimientos hechos bola y te lo quiero decir. Este nuevo comienzo debe ser, ante todo, muy sincero.*

Debo revelarte que el germen de todos los sucesos que nos condujeron hasta aquí fue un accidente. Aquella noche, al espiar las fotos visibles de tu perfil, encontré una muy vieja de nuestra mejor época. Yo estaba recostado y el teléfono resbaló de mi mano, te juro que apenas di un toque pequeñísimo en la pantalla para levantar el teléfono y de pronto vi que de mi parte había un “me gusta” entre las “reacciones” de tus amigos. Lenta y gravemente dije algo, pudo ser tan ordinario como “en la madre”, o tan pedante como “Alea iacta est”, no lo sé, masticaba el pánico de saberme descubierto; pero traté de mantenerme sereno. Dejé la cama para conectarme desde la computadora y buscar la manera de asumir el descuido con estilo. Segundos después llegó una solicitud de amistad y luego un mensaje privado:

“Hola”

Sonaba Leonard Cohen en plena madrugada lluviosa, la palabra me pegó como a quien bebe la flor del mezcal. Decidido a responder cuando terminara Dance me to the end of love, me serví otro café, cerré la ventana buscando silenciar los aullidos amorosos de los gatos, vacié el cenicero y volví al escritorio. Hicimos preguntas de ida y vuelta, todas tan vanas como las respuestas. Comprendí la utilidad de las frases hechas, empezaba a enamorarme de ellas de tanto que las usaba hasta que hablaste de tu hija. . . ¿una hija? oculté mi escasez de palabras con los dibujos disponibles, era como si tú me hablaras y yo respondiera con muecas. Me sentí estúpido; pero salvé el momento con anécdotas ingeniosas: recordé aquella película que a ti te hizo reír y a mí



dormir, hablamos de música y de libros. La zona de derrumbes se veía muy lejos y eso me dio cierto alivio. Lo malo es que también se me deshizo el olvido que trabajé con escrupulosa indiferencia. Nos despedimos varias veces y finalmente me desconecté. Luego estuve deambulando entre la duda y el reproche, me asaltó la urgencia hablar contigo en persona. Decidido a propiciar un diálogo serio me preparé durante un mes haciendo contacto casual, hablando de tópicos neutrales y alguna que otra información personal, gradualmente fuimos cerrando la conversación hasta llegar a temas cotidianos del tipo “¿Qué tal tu día?” “Hoy salí tarde del despacho” “Compré un libro de poemas, te gustará”.

Salgo a fumar de nuevo. A un lado mío está un hombre de unos cuarenta años, lleva una maleta enorme y una caja amarrada. Alza la voz y aclara a su “compa” que no le hace si en la ventanilla de taxis deja sus dólares a un tipo de cambio muy bajo. Su acento y sus planes de comprar una troca perrona me dicen que lleva mucho tiempo fuera. Se carcajea a la menor provocación, canta, bromea, lo compadezco. No se imagina que los días que siguen al alboroto por su llegada estarán llenos de hastío y empezará a sentir que está de más y a extrañar su vida en el gabacho. Estamos hermanados por los regresos inútiles, paisano. Recuerdos, papel y pluma otra vez.

*Hemos pasado por altibajos, pero estoy seguro de que no cometeremos otra vez aquellos errores.*

Apretabas el cigarro con los labios dejando una estela de humo al recorrer el piso adoquinado, yo hacía lo mismo, como si avanzara al lado de una pared de espejo. A unos pasos del Café Europa comenzaste a hacer preguntas pendencieras sobre una chica a quien saludé con un ademán desde la acera contraria, increpasté mi amabilidad (que tú llamaste coqueteo). Bajé la mano que descansaba en tu cintura, “Es una secretaria de los juzgados, ni siquiera recuerdo su nombre”, dije hablando con voz monótona enfatizando mi fastidio con gesto y suspiro. Desapareció la armonía y aparecieron los reclamos sobre mi desapego, mis errores, mi

tiempo escaso. . . nos despedimos de mala gana y cada uno se fue a su casa. Esa noche enviaste un correo electrónico mal redactado, lleno de recriminaciones que giraban en torno a momentos que yo ni recordaba, pero que convertiste en razones “más que suficientes para que no deba volverte a ver”. “¿En qué momento se volvió tan infeliz?” Me pregunté. Quise repeler el ataque con un puñado de reclamos, llamarte caprichosa, egoísta, exagerada. . . pero me abstuve para evidenciar que tus arranques infantiles de ira no hacían más que alejarme y permanecí callado, rumiando la ofensa en solitario.

Las notas de mi agenda parecían erigirse como una montaña que yo me negaba a escalar. Caminaba jodido y solo, persistiendo en ignorarte. Sumaban cinco semanas de silencio, para entonces ya tenía una cordillera de pendientes legales extendida en un gran territorio del despacho y tuve que trabajar los fines de semana para ponerme al corriente. Un domingo de esos estaba yo solo en la oficina y un olor a tierra mojada llegó desde la jardinera del patio, subí la persiana para contemplar la progresiva intensidad de la lluvia y me resolví a beber más temprano que los días anteriores. Cuando acabó el chubasco salí a caminar sobre las hojas caídas de los árboles flagelados por el agua. Las palabras de tu carta se repetían con diferentes matices: “me haces mucho daño”, iracunda. “Me haces mucho daño”, suplicante. “Me haces mucho daño”, con asertiva calma. ¿Te sentirías mejor sin mí, Rosario? Me fui a casa.

Acabé el primer six de cerveza y no dejaba de pensarte, me dieron ganas de responder aquella carta airada llena de reclamos y comencé a teclear en mi computadora. Excusándome en que los borrachos dicen la verdad, escribí que tus caprichos y egoísmo nos dañaban a los dos, que no toleraba tus rabietas. Encontré palabras fuertes y exactas; sin embargo, me asaltó una duda: ¿los borrachos somos más honestos o sólo más fanfarrones? —Igual de idiotas—, dije en voz alta y me eché a llorar por única vez desde que nos dejamos.

*No puedo negar que me siento asustado. Me alegra que hayamos decidido esto, quisiera saber si has tenido miedo en algún momento.*

Días después llamaste para invitarme a cenar, siempre he admirado cómo te despojas de la vergüenza estúpida por dar el primer paso. En la cena retomamos la conversación que nos había mantenido despiertos muchas veces, no hizo falta decirte que te amaba, tú lo sabías desde siempre. Los días posteriores leíamos juntos, hablábamos fumando en el balcón y veíamos películas hasta muy tarde cuando te quedabas a dormir. No imaginé que el límite de tiempo para querernos en paz estaba por llegar. Una tarde sostuvimos una charla que al principio juzgué inofensiva, después reconocí en tus preguntas las alertas de tempestad. Abandoné la minúscula cocina de mi casa para evitar un duelo de recriminaciones, “Voy a la panadería”, dije ignorando tus palabras, que rápidamente se tornaban en reproches. Era la manera más inteligente de evitar conflictos; pero mi voluntad no sirvió mucho. “Para ti nada importa”, dijiste saliendo antes que yo.

Primero me dolió, después me enojé, por eso no moví un dedo cuando me mandaste decir que te mudabas con tus abuelos y yo también me despedí por encargo deseándote lo mejor, aunque me arremetían enormes ganas de buscarte y exigir explicaciones sólo para refutar cuanto dijeras. Debí haber sido yo quien te dejara.

Has hecho un gran esfuerzo para venir, el autobús que viene de Uruapan hace parada en Morelia, Moroleón, Celaya, Querétaro y finalmente en San Luis, me lo dijo la chica del mostrador cuando me vio leer los horarios anunciados en el tablero. . . no, la verdad es que mientras te esperaba le pregunté por las escalas entre Uruapan y San Luis. Yo nunca he estado en Uruapan, pero desde la noche del primer chat he fantaseado con pasear contigo en el Parque Nacional que sólo he visto en fotos. ¿Qué hago aquí, Rosario? Debemos hablar, hablar.

*Tenemos que hablar en forma serena y madura de todo lo que ha pasado para dejarlo, atrás.*

Sabes, Rosario, hace una semana fui a comprar un café y me quedé a tomarlo en el jardín de Tequis. Saqué mi teléfono para ver crecer a Liliana en los momentos perpetuados por tu cámara: ella

soplando velas, paseando en un montable, persiguiendo palomas. Escuchaba patines rodar sobre el asfalto y niños gritar a mi alrededor.

Me levanté para caminar, esquivando bicicletas. Sentí algo que supuse sería la madurez: quise ser uno de ellos, los que empujan carritos y ceden a la exigencia pueril de comprar un globo y un helado. Te llamé, como ya era común en el último mes. —¿Por qué no vienen a pasar unos días aquí?— dije. Luego preparé la habitación vacía de mi departamento, compré fruta, jugos y golosinas.

*Estas semanas he pensado mucho sobre la paternidad . . .*

Guardo la pluma y el cuaderno mientras camino hacia la sala de espera recreando la imagen de hace unos momentos, cuando puse a Liliana frente a mí y ella respondía mis preguntas asintiendo o negando con la cabeza, sin hablar. Me asombró la mezcla de facciones heredadas en un rostro tan pequeño, me recuerda a mi madre ¿Será eso el llamado de la sangre? ¿Tú crees que exista? Durante estas semanas de contacto virtual imaginé que la sangre alargaba un lazo invisible que me ataría a ella para siempre cuando tomara su mano por primera vez; pero cuando me puse en cuclillas y tomé la mano de esa pequeña desconocida, no se desató una marejada de emociones a la altura de mi expectativa. Me levanté sonriendo desconcertado y tu mirada alegre me llenó de remembranzas: celos de tu parte y la mía, aquella dura carta llena de insultos que no respondí, la voz de los amigos que me informaron tu mudanza y el cinismo de tu confesión por chat aquella noche: estabas embarazada cuando te fuiste.

*Sé que la espera te pone mal. . .*

Nos conocemos, Rosario, sé que ya te preguntas dónde estoy.

Sé que verás de nuevo el reloj de la sala para compararlo con el tuyo, que desearás ir a buscar un cigarro sin atreverte a salir con el equipaje y la niña. Me confundirás con cualquier sujeto de chamarra negra (hoy abundan) y tratarás de conciliar tu lado sumiso

con el explosivo; pero éste irá ganando terreno, aconsejando que me llames. Negociarás contigo misma, primero cinco minutos sin tocar el teléfono, tal vez había mucha gente en el baño. Esperarás dos minutos más, otros dos. Para cuando te decidas a marcar yo no sentiré tu llamada reclamando desde el bolsillo de mi camisa, estarás cada vez más irritada al saber que apagué mi celular y en el mostrador comprarás boletos para la siguiente corrida. Yo, como siempre que te escribo, me he calmado por fin. Cuando baje del taxi compraré un café para llevar y guardaré tu carta junto a las otras que nunca pensé enviarte. Que cada uno aprenda a estar con las palabras que no le dijo al otro, ambos sabremos qué hacer.





Lic. Guillermo Narváez Osorio  
*Rector*

Dra. Dora María Frías Márquez  
*Secretaria de Servicios Académicos*

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel  
*Director de Difusión Cultural*

Mtro. Fredys Pérez Ruiz  
*Jefe del Departamento Editorial Cultural*

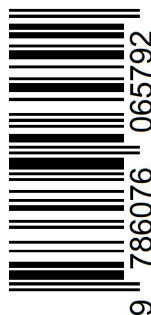


Esta obra se terminó de editar el 29 de septiembre de 2021, en Villahermosa, Tabasco. México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de los autores y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



# UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



C O L E C C I Ó N

JOSÉ MARÍA BASTAR SASSO

*Poesía, Prosa y Textos Literarios*